

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA MARÍA GORETTI Y
LA CONVERSIÓN DE SU ASESINO**

LIMA – PERÚ

SANTA MARÍA GORETTI Y LA CONVERSIÓN DE SU ASESINO

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO: SU FAMILIA

Sus padres. Paliano.

Los pantanos pontinos.

Le Ferriere. Domingos en familia.

Muerte del padre.

Asunta en lugar de su esposo.

CAPÍTULO SEGUNDO: MUERTE DE MARÍA

Alejandro Serenelli.

Ataques contra María. El crimen.

En el hospital. Su muerte.

Los funerales. A Corinaldo.

CAPÍTULO TERCERO: EL ASESINO

En la cárcel. Declaración y retractación.

Vida carcelaria.

El sueño. Declaración de Noto.

La Libertad. Libertad vigilada.

Navidad con Asunta. Nueva rectificación.

Con los capuchinos. Muerte ejemplar.

CAPÍTULO CUARTO: MARÍA GORETTI

Primera comunión. Así era ella.

Amor a Jesús Eucaristía.

Devoción a la Virgen María.

CAPÍTULO QUINTO: DESPUÉS DE SU MUERTE

Hechos extraordinarios.

Exhumación y traslado.

Beatificación y canonización.

Testamento espiritual.

CAPÍTULO SEXTO: EJEMPLOS

a) Santa Inés. b) San Agustín.

c) Guy de Larigaudie. d) Otros ejemplos.

CAPÍTULO SÉPTIMO: REFLEXIONES

Oración de la pureza.

Oración de un joven.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Santa María Goretti es una santa sencilla y humilde. Murió a los 11 años de edad, pero su madurez humana superaba con mucho la edad cronológica. En su casa hacía las faenas domésticas mientras su madre trabajaba en el campo, pues ya había muerto su papá. Cuidaba a sus hermanitos pequeños, les hacía rezar y los educaba con sus consejos y buenos ejemplos.

Hubiera querido comulgar todos los días desde su primera comunión, pero la iglesia parroquial estaba a más de 10 kilómetros de distancia. Iba todos los domingos y aprovechaba para vender huevos y palomas para conseguir algún dinero para la economía familiar.

En su misma casa vivía un joven de 18 años, llamado Alejandro Serenelli, quien se fijó en ella y quiso obligarla a tener relaciones sexuales, pero ella tenía un alto concepto del valor de la pureza y no aceptó. Al mes del primer intento, Alejandro la mató, ocasionándole 14 heridas con un punzón.

Desde el primer momento fue considerada como mártir de la pureza. Su figura se fue engrandeciendo, le hicieron monumentos, la invocaban y ella obtenía de Dios muchas gracias y bendiciones. Por lo cual se comenzó el proceso para probar su martirio. Fue beatificada en 1947 y canonizada en 1950, asistiendo su propia madre, ante más de quinientas mil personas. Hoy santa María Goretti es un ejemplo para la juventud, un modelo de pureza y santidad.

Su asesino Alejandro se arrepintió sinceramente de su pecado y llevó una vida ejemplar en los 27 años de cárcel y, especialmente, después de salir de ella. Trabajó en varios oficios, pero durante sus últimos años vivió, siendo seglar y miembro de la tercera Orden franciscana, en un convento de padres capuchinos, dando ejemplo a todos de vida de oración, sacrificio y obediencia como portero y hortelano. Murió a los 88 años. De él podemos decir: *Fue un asesino convertido por el perdón y el amor de su víctima*. Ella se le apareció, estando en la cárcel de Noto, manifestándole su deseo de que estuviera con ella eternamente en el paraíso.

Nota.- *Positio* se refiere a la *Positio super martyrio del Proceso beatificationis seu declarationis martyrii, servae Dei Mariae Goretti*, Roma, 1942.

Las principales fuentes de este libro han sido: el libro sobre ella, escrito por el padre Aurelio de la Pasión, y los libros *María Goretti*, *Assunta Goretti* y *Alessandro Serenelli* del padre Giovanni Alberti, publicados respectivamente el 2006 (5ª edición), 2007 y 2004.

También hemos estudiado detenidamente el libro de Giordano Bruno Guerri, titulado *Pobre santa, pobre asesino*, de Ed. Seix Barral, 1986, en el que se trata de

afirmar que María Goretti no fue una santa, sino una pobre víctima, que por miedo había consentido los deseos carnales de su asesino.

A este libro la Congregación para las causas de los santos, respondió con otro libro contundente, con pruebas claras y aplastantes. Este libro se titula en italiano *A proposito di Maria Goretti*, Ed. Vaticana, Roma, 1986.

CAPÍTULO PRIMERO SU FAMILIA

SUS PADRES

Su madre Asunta Carlini nació el 16 de agosto de 1866 en Senigallia (Ancona), en Italia, de padres desconocidos. El mismo día de su nacimiento fue abandonada en el torno del hospicio donde dejaban a los niños abandonados o no queridos. Se llamaba *Casa de los expósitos*. Le pusieron el apellido Carlini. Algunos añadieron el de Expósito, Casagrande o Ambrosetti, pero entre todos prevaleció el de Carlini. Entre sus pañales había una nota que decía: *Ha sido bautizada en casa. Se debe llamar Sunta Agiolina Ida*. Para mayor seguridad la bautizaron en el hospicio y le pusieron por nombre Asunta. Pronto fue dada a una familia campesina para que la cuidara y así fue pasando de familia en familia hasta los seis años, cuando una pareja de esposos sin hijos la solicitó, pensando en que ella los cuidara en su ancianidad. Era la familia Gattarelli de Corinaldo. Allí fue a vivir con ellos. El padre adoptivo tenía 50 años, le gustaba el vino y pedía limosna para sobrevivir. La esposa trabajaba en un huertecillo, cuidaba las ovejas, buscaba leña en el bosque y cosía algunas ropas que le encomendaban. Tenía 63 años y se sentía ya débil de salud. A pesar de todo eran fieles cristianos e iban a misa los domingos.

Asunta dirá: *Algunos días venía un hombre del municipio y nos traía de comer. Los dos esposos eran honestos y religiosos. Me enseñaron las oraciones y me llevaban a misa*¹. *A los siete años fui a cuidar ovejas y a los once estuve trabajando en la casa de algunos vecinos*². *Fui confirmada a los siete años en Corinaldo y a los once hice la primera comunión*³.

Sus padres adoptivos la tenían bien sujeta. La cuidaban mucho para que no fuera a fiestas ni bailes. Un día, cuando ya tenía 18 años, se dejó convencer por unas amigas y se fue a una fiesta a bailar, recibiendo muchos reproches de sus ancianos *padres*⁴.

En su interior sentía deseos de vivir independiente y formar una familia. Ya desde hacía un tiempo se había dado cuenta de que un joven la miraba y le sonreía al salir de la misa dominical y cuando iba por la calle. Se llamaba Luigi Goretti. Era un trabajador pobre y honesto, que hacía poco había regresado de Nápoles del servicio militar. A los 15 años se había quedado huérfano de madre y

¹ Alberti G., *Assunta Goretti*, Nettuno, 2007, p. 43.

² Ib. p. 46.

³ Ib. p. 50.

⁴ Ib. p. 52.

a los 24 había muerto también su padre. Quedó él con su hermano Santino. Ambos trabajaban para un patrón en una tierra colindante con la casa donde vivía Asunta. Pudieron salir algunos días a pasear y él decidió hablarles a los dos ancianos para pedirles la mano de Asunta. Ellos aceptaron, pues Luigi era conocido en el pueblo como una buena persona. Después de cuatro meses de noviazgo, se casaron el 24 de febrero de 1866. Él tenía 26 años y ella 19.

*Celebró el matrimonio don Emanuele Marcucci. Estábamos yo y él y dos mujeres... El párroco nos casó con sencillez, no cantó nadie, nada de bailes, ni fiesta, ni viaje de bodas. Estaba vestida con un gran pañuelo negro y el vestido costó nueve monedas. Era de color rojo. Mi madre adoptiva estaba en el hospital y la tarde anterior fui a verla para que me diera la bendición. Mi padre adoptivo era muy anciano y no pudo estar en la iglesia. Fui a vivir a casa de Luigi, una especie de cabaña, que Luigi había acomodado para él y su hermano*⁵.

Después de diez meses de matrimonio nació Tonino. Vivió ocho meses. Su muerte fue un gran dolor para ambos padres, que sólo fue suavizado por su confianza en Dios. Se trasladaron a otra casa y allí nació Angelo el 18 de agosto de 1888, y el 16 de octubre de 1890 nació María.

Este mismo año se casó Santino, el hermano de Luigi, con María Mazzoli. En el mismo Corinaldo nació también Mariano el 27 de enero de 1892 y Alejandro el 30 de julio de 1895. *En total éramos diez, contando a Santino, su esposa y sus dos hijas. Por la tarde todos rezábamos juntos el rosario. Pero la casa era pequeña y el terreno poco. Así que pensamos en buscar otro lugar, tanto más que el patrón puso la finca a la venta*⁶.

PALIANO

Partimos el 28 de octubre de 1896. Tenía en brazos al hijo Alejandro, nacido el 30 de julio de 1895, el más grandecito era Angelo de ocho años, María de seis y Mariano de tres. Mi esposo dijo: “La providencia nos ayudará”. El cuadrado de la Virgen María, que había sacado de la cabecera de la cama, se lo di a María para que lo llevase.

En Senigallia tomamos el tren hasta Roma. Era la primera vez que iba en tren. En Roma nos esperaba el caballo del patrón y de allí fuimos a Paliano. Allí

⁵ Ib. p. 55.

⁶ Ib. p. 60.

*estaba mi cuñada, la esposa de Santino, que había preparado la cama. Ellos habían ido en septiembre*⁷.

El terreno para trabajar era grande, siete u ocho hectáreas, pero malo. El patrón era el senador Scelzi, que tenía un hijo, el señor Beppino, que vivía allí y administraba la tierra.

Allí en la finca *Colle Gianturco* comenzaron su nueva aventura. Los días de fiestas, Luigi y Asunta recorrían 7 kilómetros para ir a la iglesia de Santa María de Paliano⁸.

Los domingos ordinarios iban a la capilla de San Prócolo a 2 kilómetros de su casa. El 7 de agosto de 1897 su hermano Santino retornó a Corinaldo con su esposa, enferma de malaria. Ellos continuaron, porque, a pesar de todo, no veían futuro regresando a Corinaldo. Allí conocieron a Giovanni Serenelli, un anciano de 60 años con sus dos hijos: Alejandro de 16 y Gaspar, que tuvo que ser internado en el manicomio

A Giovanni le gustaba mandar y asumió el cargo de dirigir ambas familias, asociadas para el trabajo, en su contrato con el patrono.

En febrero de 1899 la situación económica estaba mal y apenas alcanzaba para comer. Giovanni Serenelli fue a ver al señor Beppino y discutió fuertemente con él, quien los despidió a todos después de cuatro meses de trabajo porque Giovanni no quería cumplir los términos del contrato. Tuvieron ambas familias que buscar otro trabajo y lo obtuvieron del conde Atilio Mazzoleni, quien les dijo para animarlos: *Podéis venir de inmediato. Aquí comeréis pan de trigo y tendréis una casa sólida*. Con la ilusión de un futuro mejor, viajaron los 30 kilómetros de distancia en los carros que Mazzoleni envió para llevarlos a su hacienda, en el corazón de los Pantanos Pontinos.

LOS PANTANOS PONTINOS

Los Pantanos Pontinos formaban un rectángulo de tierra de pantanos de 50 kilómetros de largo por 30 de ancho. Esta enorme extensión estaba dividida entre 200 propietarios, algunos de los cuales tenían más de 5.000 hectáreas. Allí había muchas aguas estancadas y cubiertas de hojas. Eran tierras pantanosas con miríadas de insectos y moscas. La mayor parte del terreno se dedicaba a pastos

⁷ Ib. pp. 70-71.

⁸ En Paliano, en la finca de Colle Gianturco donde vivió María, hay una lápida que recuerda su paso por el lugar. En ella está escrito: *En esta finca de Colle Gianturco vivió María Goretti de 1896 a 1899, preparándose en la soledad de los campos para su heroica defensa de su virtud*.

para el ganado y para la siembra de trigo y maíz. Las casas eran cabañas de paja y barro, pero la que les ofreció Mazzoleni era una de material noble. A diez kilómetros de la finca estaba el pueblo de Neptuno, donde podían ir a la iglesia, vender sus huevos y pichones y hacer compras.

Ellos vivían en la finca Le Ferriere, en el distrito llamado *Campomorto* (Campomuerto), haciendo alusión a la gran cantidad de muertos que había en el lugar, debido desde siglos anteriores a la malaria. A dos kilómetros estaba el pueblo de Conca, centro de una de las zonas más palúdicas del mundo.

Conca tenía iglesia, pero por la malaria, en verano, se cerraba desde el 29 de junio hasta el 1 de noviembre. Durante estos meses había que ir a Neptuno, ciudad de 5.000 habitantes y donde no había malaria. En Neptuno estaba el santuario de la Virgen de las Gracias, que tenía una imagen antigua de la Virgen María, traída por unos emigrantes ingleses, que huyeron de la persecución religiosa de su país en tiempos de Enrique VIII. En los campos trabajaban por temporadas 3.000 mujeres y 13.000 hombres, venidos como aparceros de otras regiones de Italia.

Para el trabajo había unos 2.000 búfalos y muchos bueyes y caballos. También había ovejas, cabras, animales de corral, etc. Los lobos y jabalíes eran las víctimas preferidas de los cazadores, pero también entre los bosques había grupos de delincuentes, que se refugiaban allí después de hacer sus fechorías. Por eso, el tren que pasaba por la zona debía ir protegido por los carabineros.

A finales del siglo XIX la malaria hacía estragos en toda Italia, pero en los Pantanos Pontinos la proporción era desmesurada. En toda Italia había un promedio de quince mil muertos de malaria al año. De ellos, 1.500 lo eran en los Pantanos Pontinos. Era la enfermedad maldita de los pantanos, producida por el insecto anofeles. Esta enfermedad era tan familiar y conocida en los Pantanos que los campesinos la llamaban la comare (comadre).

El síntoma de la malaria era un frío intenso que producía una gran debilidad y sudor copioso con fiebre. Si la fiebre era cuartana, daba un día sí y dos no. Si era terciana, daba un día sí y otro no. Esto podía durar años, pero cuando se volvía cotidiana o perniciosa, ya el fin estaba cerca. En aquellos tiempos la gente creía que la enfermedad era producida por los malos aires; y usaban remedios caseros inútiles como ingerir ojos de cangrejo triturados en aceite, ingerir tres gotas de sangre extraídas de las orejas de un asno o usar refriegas de sangre de tortuga, etc. A la vez usaban algunos amuletos, o hacían comer al enfermo su propia orina o el jugo de insectos... También se usaba un limón fresco hervido en una olla. En caso de que no funcionara, acudían a cosas

mágicas como atar la fiebre, anudando un hilo de lana a una rama y diciendo: *Aquí te ato y aquí te dejo.*

En 1900 ya se había descubierto un remedio económico y sencillo: la quinina. Pero los campesinos, en los primeros años, preferían seguir sus antiguas costumbres. Además los patronos no se preocupaban de poner a su disposición la quinina, a pesar de que en 1900 el senador Angelo Celli consiguió que se aprobara la ley de la quinina para que los propietarios adquirieran y distribuyeran gratuitamente esta medicina a sus campesinos, pero no hicieron caso y en 1904, el Estado italiano asumió la carga de la distribución gratuita.

Recién con Mussolini se tomó en serio la superación de la malaria en los Pantanos Pontinos, y se hicieron muchos trabajos de drenaje de las aguas estancadas. Después de la segunda guerra mundial, con el uso masivo de DDT, se pudo erradicar. Desde entonces la zona es rica en vino y trigo.

LE FERRIERE

La finca que el conde Mazzoleni les destinó para trabajar a ambas familias estaba ubicada en Le Ferriere, lugar de una antigua mina de hierro. Debían cultivar la tierra y debían darle la mitad de la cosecha por contribuir él a los gastos de la siembra. De otro modo, sólo pedía la tercera parte.

Mazzoleni tenía 9.800 hectáreas, de las que una parte era cultivada y el resto lo dedicaba al pastoreo. Tenía 5.000 ovejas y alquilaba terrenos para pastos a otros propietarios. Tenía también un gran establecimiento para la cría de caballos que vendía al ejército, aunque su pasión eran los caballos de pura sangre, destinados al hipódromo de Capannelle.

El Mazzoleni era muy rico, tenía 45 años y estaba casado con la condesa María Bruschi, de la que tuvo dos hijos y a quien le había regalado una sarta de perlas auténticas como compromiso de matrimonio, que valían 250.000 liras, el equivalente a unos 400 años de trabajo de un campesino. Cuando aparecía el conde, era siempre a caballo con su látigo en la mano y acompañado por dos hombres armados con fusil.

En el invierno de 1899 Giovanni Serenelli y Luigi Goretti llegaron a Le Ferriere de Conca. Llegaron el 28 d febrero de 1899 y se instalaron en una casa grande. En la parte baja estaba el establo para los bueyes y el pajar; y en la planta alta una cocina común y tres habitaciones para los Goretti y dos para los Serenelli.

La casa era llamada Cascina Antica (granja antigua) para distinguirla de otra más moderna y nueva que ocupaban los Cimorelli, amigos de los Goretti, pues eran de Corinaldo, el pueblo de Luigi. También allí cerca había un conjunto de dos casas y una mina de hierro grande, ya abandonada, que se llamaba Le Ferriere. También había una iglesita, que sólo se abría el 17 de enero, fiesta de san Antón (San Antonio Abad), patrono de los animales domésticos. El pueblecito más cercano era Conca, a dos kilómetros (hoy se llama Borgo Montello). En Conca había una tienda que pertenecía al patrón Mazzoleni.

Mario Cimorelli y los Goretti eran compadres. El 24 de diciembre de 1899 Luigi y Asunta habían sido padrinos de Tomás Cimorelli, hijo de Mario y Teresa Cimorelli; y el 2 de febrero de 1900 Mario y Teresa fueron padrinos de María Teresa Goretti, la última de los Goretti.

DOMINGOS DE FAMILIA

Afirma Alejandro Serenelli: *A las cinco de la mañana ambas familias (Serenelli y Goretti) nos poníamos en movimiento para ir a la iglesia lejana de Neptuno (más de 10 Kms.) La casa se le encomendaba a los Cimorelli, quienes cuidaban a las pequeñas Ersilia y Teresa. Íbamos todos descalzos con los zapatos en la bolsa, porque había que ahorrar y además, siendo el terreno muy fangoso, no era bueno llegar con los zapatos llenos de barro. Mi padre y Luigi Goretti iban juntos. Yo solía ir con Angelo. Hablábamos de los lobos del bosque, cuyos alaridos se oían de noche. Algunos metros más atrás iba Asunta con María, teniendo de la mano a los niños Alejandro y Mariano. Ellas solían hablar de cosas religiosas como el catecismo y vidas de santos.*

Poco a poco, hablando, sin darnos cuenta, llegábamos cerca de Neptuno. Se veían huertos y viñedos y la majestuosidad del mar Tirreno. Antes de entrar en el santuario de la Virgen de las Gracias nos poníamos los zapatos. María era la primera en entrar y la última en salir. Se arrodillaba cerca del altar y se recogía en profunda oración. Una vez, una señora que estaba cerca de mí, le dijo a mamá Asunta: “¿De dónde viene esa niña tan devota?”. “Es mi hija”, dijo Asunta.

María escuchaba con mucha atención la homilía y durante el día repetía las cosas que le habían impresionado. A la salida de la iglesia nos quitábamos los zapatos y pronto regresábamos a casa...

Una vez Asunta le explicó a María la historia de la Virgen de las Gracias de Neptuno. Cómo desde Inglaterra algunos católicos, que eran perseguidos y no podían practicar libremente su religión, se la llevaron (La Virgen está con el

niño sentado en sus rodillas y llevando en la mano izquierda una manzana). Después de una penosa travesía arribaron a la playa de Neptuno. Ellos confiaron la imagen a los pobladores. Esto fue considerado como un deseo de Dios y, desde entonces, la Virgen ha concedido muchas gracias a los pescadores del lugar, tanto que la comenzaron a llamar la Virgen de las Gracias. Con el tiempo construyeron una modesta iglesia y más tarde un santuario, que ahora es basílica.

Llegados a casa nos quitábamos la ropa de fiesta, se preparaba la cena y se comía con más apetito del normal ⁹.

MUERTE DEL PADRE

Luigi Goretti se enfermó de malaria. El patrón Mazzoleni le envió de regalo una botella de Marsala, pero no se preocupó de darle quinina, que ya era obligatorio entregar gratuitamente a los enfermos por ley de 1900.

Cuando el papá enfermó de malaria, María se turnaba con su madre para cuidarlo y hacer las faenas de la casa. Varias veces debió ir a Conca a comprar medicinas, pero el proceso de la enfermedad fue rapidísimo. La agonía duró diez días y Luigi murió a los 41 años el domingo seis de mayo de 1900. Fue enterrado en el pequeño cementerio entre Le Ferriere y Conca. Su hijo Angelo, el mayor, iba sujetando el ataúd para que no cayera del carro de bueyes. Él declaró: *Yo iba montado sobre el carro y cuidaba de que la caja no cayera al suelo debido a los saltos que daban las ruedas por las piedras del camino. María y los hermanos pequeños nos seguían, todos con los pies descalzos ¹⁰.*

Asunta dice de su esposo: *Era muy bueno. Tenía 41 años cuándo murió. Educaba a los hijos, les daba consejos. Me parece que se arrepintió de haberse asociado a los Serenelli... La muerte de mi esposo fue algo imprevisto, en diez días se enfermó y murió. Tuvo tres males: pulmonía, tifus y malaria ¹¹.*

Cuando Luigi Goretti estaba a punto de morir, le aconsejó a su esposa: *Debes volver a Corinaldo.* Ella se lo prometió, pero después, pensando las cosas bien, se dijo: *¿Qué puedo hacer yo en Corinaldo? En Le Ferriere al menos hay trabajo y Mariano y Angelo empiezan a buscar algún dinero en los sembrados. Y decidió quedarse, trabajando en lugar de su esposo, mientras que María quedaría a cargo de las faenas de la casa.*

⁹ Alberti, *Alessandro Serenelli*, pp. 78-80.

¹⁰ MM Pasionistas de Oviedo, *Santa María Goretti*, Lima, 2014, p. 23.

¹¹ Alberti, *Assunta*, p. 105.

ASUNTA EN LUGAR DE SU ESPOSO

Las cosas no fueron tan fáciles como pensó Asunta. Ya anteriormente había tenido problemas con el viejo Serenelli. Declaró Asunta: *A decir verdad, no nos llevábamos nada bien, sobre todo con el viejo, que quería siempre mandar y hacerse superior. Yo no podía tenerle ningún aprecio, ya que había acusado falsamente a mi marido ante el conde, diciendo que había sembrado por su cuenta un campo de legumbres, a pesar de que ambos habían estado de acuerdo en hacerlo.*

En cierta ocasión en que mi hija pequeña, Teresa, estaba enferma, María me preguntó: “Mamá, ¿puedo dar un huevo a Teresita?” Le indiqué con la cabeza que sí; pero mientras ella cogía el huevo, la vio Giovanni Serenelli, y desde aquel día nos trancó el gallinero con un cerrojo. Llegó a trancarnos con llave incluso el pan. Yo se lo conté al “señor” y le dije que así era imposible permanecer y trabajar con los Serenelli. Pero esto llegó al conocimiento del viejo y se enfadó tanto conmigo que tuvo que intervenir su hijo Alejandro para que no me hiciese nada, diciéndole: “Tranquilo, padre, calma, calma”¹².

Apenas enterrado Luigi, el viejo Serenelli, sin dar el pésame ni otras palabras de consuelo, obligó a Asunta a dejarle la habitación de los esposos y así ella tuvo que dormir con sus hijas y en la otra habitación sus hijos varones, mientras que el viejo y su hijo Alejandro tenían tres habitaciones para los dos solos, aparte de la cocina que era común.

Dice Asunta: *Siendo ya viuda, alguna vez no podía preparar la comida, porque llegaba tarde de Neptuno donde iba por asuntos de familia. Alejandro le dijo a María: “¿Por qué no aprendes a cocinar? Ves que tu madre no llega”. Su padre le respondió diciendo: “¿Qué quieres, que haga cualquier mejunje?”. Y respondió Alejandro: “Pero si nunca lo hace, nunca aprenderá”. Y desde aquel día comenzó María a cocinar¹³.*

El viejo Serenelli no estaba contento con lo que hacíamos. También se dedicaba algo al vino, pero manteniendo externamente cierta religiosidad para ir a misa los domingos y rezar el rosario por la tarde en común. De conducta moral no era muy de alabar, ya que muerto mi esposo, se atrevió a hacerme propuestas deshonestas. Yo agradezco al Señor que me mantuvo firme y, si su hijo se descarrió por la lectura, debo decir que el padre le llevaba los periódicos

¹² MM Pasionistas de Oviedo, o.c, p. 32.

¹³ Positio super martyrio, p. 127.

(o revistas) malos y obscenamente ilustrados cada vez que iba a Neptuno, mientras el hijo Alejandro no se alejaba del campo ni salía con amigos. Alejandro, con las figuras de aquellas revistas o periódicos, había tapizado las paredes de su habitación. Yo le hice algunas observaciones para que las quitase, pero él me respondió que, si no me gustaban, no las mirara. No le volví a decir nada, porque pensé que era inútil ¹⁴.

De todos modos, las cosas se iban desarrollando con cierta normalidad, a pesar de las estrecheces económicas que padecían, sobre todo por el egoísmo del viejo Serenelli. Asunta trabajaba en el campo y María haciendo las cosas de la casa. Los niños ayudaban en lo que podían y jugaban entre ellos. María se comportaba con la responsabilidad y madurez de una adulta. Podríamos aplicarle las palabras del Evangelio: *Crecía en sabiduría y edad ante Dios y ante los hombres* (Lc 2,52).

CAPÍTULO SEGUNDO MUERTE DE MARÍA

ALEJANDRO SERENELLI

Alejandro Serenelli nació en Barcaglione, distrito de Paterno, el 2 de junio de 1882. Su padre fue Giovanni Serenelli y su madre Cecilia Mangoni. Era el último de una familia de ocho hijos. Fue bautizado el 3 de junio con el nombre de Alejandro, heredado de otro hermanito muerto antes que él a los dos años. Él escribió: *Cuando era niño y encontraba al sacerdote, acariciándome me decía: "Hola, precioso, yo te he bautizado, pero quizás te he puesto poca sal"* ¹⁵.

Mi hermano Gaspar entró al seminario a los 13 años. Estaba en pensión en una familia conocida e iba al seminario sólo a las clases. Un día hacía adoración ante el Santísimo Sacramento. La iglesia estaba desierta y había muchas velas sobre el altar. Una anciana presente tuvo un ataque de epilepsia y se cayó. Fue tanto el susto de Gaspar que, al regresar a casa, no se sintió bien. Fue internado en un sanatorio, pero después de varios mejoramientos y caídas, terminó sus días en el hospital siquiátrico de Ancona ¹⁶.

¹⁴ Ib. pp. 40-42.

¹⁵ Alberti, *Alessandro Serenelli*, p. 23.

¹⁶ Ib. p. 24.

*Yo era pequeño cuando murió mi madre y no la recuerdo. Ella, según me ha dicho mi padre, murió en el manicomio de Ancona. Se había alocado por el disgusto que tuvo cuando mi hermano Gaspar se enfermó*¹⁷.

Cuando Alejandro vivía en Paterno estaba en casa de un primo casado y creció bajo el cuidado de su esposa. Las primeras oraciones se las enseñó su padre. Para la confirmación la esposa de su primo lo llevó al sacerdote. Él dice: *Hice mi confirmación en Paterno el 15 de agosto de 1888. Ese día iba bien vestido y con zapatos blancos y el padrino me regaló un escudo de plata*¹⁸.

De seis a siete años asistió a la escuela por un año y medio. Al principio tuvo una maestra muy buena y religiosa que venía cada día de Ancona. A ella le debía la formación religiosa recibida en su infancia. Desgraciadamente pronto se enfermó y la sustituyó un maestro que también hacía de veterinario. Los castigaba y pegaba por cualquier motivo.

Su padre se trasladó a Torrette. En esta ciudad vivió en casa de su hermano Pedro, casado con María Gatti de Ancona. María hizo de madre para él. *A veces, dice, me reprendía porque frecuentaba en la calle compañeros no buenos todos hijos de pescadores*¹⁹.

A los 12 años, preparado por su cuñada y por el párroco, hizo la primera comunión en Torrette. En esta ciudad su padre, con un caballo y una carreta, transportaba mercancías a Roma, Maccarese y Fregene. En sus viajes a la capital contrajo la malaria y empezó a beber vino más de la cuenta. Alejandro se animó a ayudar a su hermano Pedro, que tenía un lanchón para transportar por mar mercadería. Él dice: *Comencé así mi vida en el mar, donde permanecí cinco años, aunque no aprendí a nadar por el carácter tímido y reservado. Los primeros meses los pasé con el lanchón de mi hermano Pedro. Después encontré un patrón mejor, un cierto Gilberto Ferretti, que pagaba regularmente. Me daba 10 liras a la semana, exactamente la mitad de la paga de los obreros*²⁰.

*El ambiente del mar no era el más propicio para una educación. Aparte de las blasfemias, los marineros consideran poco a la Iglesia. Decían: “A la iglesia se manda a las mujeres y a los hijos”. Ellos iban al casarse y en alguna circunstancia especial. María (mi cuñada) me animaba a ir a la iglesia, pero alrededor tenía otro ambiente. Además Ancona tenía fama de ser una ciudad subversiva: no querían ni sacerdotes ni gobierno*²¹.

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ Ib. p. 26.

¹⁹ Ib. p. 29.

²⁰ Ib. p. 31.

²¹ Ib. p. 33.

*Dios nunca me abandonó... Un día mi padre iba a viajar al Agro Romano. Antes de marchar quise ir a saludarlo a la estación de Falconara. Por esto ese día no fui a trabajar al mar. Aquel día hubo una gran tormenta y la embarcación sobre la que debía estar naufragó. El muchacho que tomó mi puesto se encontraba sobre cubierta y se ahogó. Los marineros, echados al agua, pudieron llegar a tierra. No puedo describir la escena de su madre, desolada, que reclamaba a su hijo. Y pensar que ella le había dado un huevo para que se embarcase y él, que no quería, aceptó el deseo materno. Los gritos de su madre los tengo todavía en la memoria. Dios me salvó. Él sea bendito*²².

Durante el tiempo que fue pescador se alejó de las prácticas religiosas porque el ambiente era malo, pero en Olevano las retomó, especialmente con ocasión de las Misiones, aunque tenía que hacer media hora de camino dos veces al día. De Olevano se trasladó con su padre a Colle Gianturco. No le gustaba jugar por la tarde con sus compañeros y los domingos prefería leer cualquier cosa y estar en casa.

Asunta dirá de él: *Alejandro era un joven físicamente bien desarrollado y robusto, asiduo al trabajo, respetuoso con su padre y conmigo. En cuanto a religión iba todos los domingos a misa y cada dos meses confesaba y comulgaba y cada tarde rezaba el rosario con nosotros. Era de carácter serio, frío y reservado, huía de la compañía de otras personas. Cuando no trabajaba, se encerraba en su habitación y creo que pensaba en sus lecturas*²³.

ATAQUES CONTRA MARÍA

Alejandro refiere: *La primera vez que intenté agredirla fue en el campo un mes antes de su muerte. Yo comencé a decirle palabras alusivas a mi intención deshonestas. Ella no me respondió y continuó su trabajo, pero alejándose de mí. Yo quedé confundido por su silencio y pocos minutos después, sin decirle nada, me acerqué y la abracé. Ella sin más se separó de mis brazos y los dos continuamos trabajando y todo terminó. Pero le dije con cierta seriedad que no dijera nada a nadie. Creo que ella entendió mis intenciones, pero no me dijo nada. Y en los días siguientes me di cuenta que trataba de evitarme, aunque era imposible, porque nos encontrábamos cerca en el trabajo.*

Unos quince días antes del delito volví al ataque, ya que cada día sentía más fuerte la pasión. María estaba en mi habitación, ordenándola, como

²² Ib. p. 34.

²³ Positio super martyrio, Roma, 1942, pp. 40-42.

*acostumbraba; yo entré y, al estar solo con ella, aproveché para decirle algunas palabras más atrevidas que la primera vez. Y como ella estaba haciendo mi cama, me acerqué y traté de echarla sobre ella, pero ella se separó con fuerza y vi su miedo reflejado en su rostro. Viendo que no lo había conseguido, me fui y la dejé sola continuando con su trabajo. Pero antes de salir le hice seriamente la advertencia de no decir nada a su madre ni a nadie y la amenacé: “Si lo dices, te mato”. En aquel momento estaba verdaderamente agitado*²⁴.

EL CRIMEN

*El 5 de julio yo estaba decidido a dar el tercer asalto y hacia las tres de la tarde, viendo a María en el rellano de la escalera exterior remendando mi camisa, pensé que era el momento oportuno. Bajé del carro de bueyes, pedí a Asunta que me sustituyera y yo me fui a la casa. Mi padre estaba delante del establo de los bueyes, acostado en tierra con un ataque de malaria. Le pregunté cómo estaba y subí las escaleras. Pasé por delante de María sin decirle nada y fui a un cuarto donde había un cajón con hierros viejos para tomar un arma. Encontré un punzón (de 23 centímetros y medio) que servía para coser escobas. Lo tomé y lo escondí, y volví donde María. Me acerqué a ella y la invité a entrar en casa. Ella no respondió ni se movió. Entonces la agarré brutalmente de un brazo y la arrastré hasta la cocina, que era la primera habitación. Cerré la puerta. Ella intuyó de inmediato que yo quería repetir el intento y me decía: “No, no, Dios no quiere, si haces eso vas al infierno”. Yo, al ver que no quería de ninguna manera acceder a mis brutales deseos, me enfurecí y con el punzón comencé a golpearla. En aquel momento yo entendía bien que quería hacer una acción contra la ley de Dios y la mataba, porque se oponía. Le alcé el vestido para realizar mis deseos, pero ella me reprendía y se movía y comencé a herirla en el vientre. Recuerdo bien que, cuando le alcé el vestido, trataba de cubrirse y esto lo hizo varias veces, exclamando siempre: “¡Qué haces, vas a ir al infierno!”*²⁵.

Asunta refiere: Un mes antes del delito, Alejandro se mostraba brusco con María, dándole órdenes fastidiosas con ánimo de disgustarla, pero María hacía lo que le decía, manifestando su disgusto, a veces de palabra o a veces llorando, teniendo que consolarla. Un día, apenas había traído el agua de la fuente, Alejandro tomó un poco y la derramó por tierra, diciéndole a María que fuera a traer agua de nuevo. María no quería ir y lloró diciendo: “La he traído ahora mismo”. Yo misma le recriminé a Alejandro y su padre intervino, diciendo: “¡No quieres cansar a tus hijos!”. Y le dije a María: “Ten paciencia, pronto tendrá

²⁴ Positio super martyrio, pp. 212-216.

²⁵ Positio super martyrio, pp. 155-157.

que irse al ejército”. Y María obedeció de inmediato. Nunca me di cuenta de que la tentase o que le dijera palabras inconvenientes o amorosas. Sólo cuando sucedió el delito le pregunté a María desde cuánto tiempo la tentaba y ella me respondió que desde hacía un mes y en dos oportunidades anteriores...

El 5 de julio de 1902 yo me encontraba en la era con los Serenelli y mi hijo Angelo para trillar las habas. María me llamó para ultimar los detalles del almuerzo. De acuerdo con los Serenelli, fui a casa y, cuando todo estuvo listo, los llamé y todos comimos tranquilamente como de costumbre. Una hora después del mediodía, se retomó el trabajo. El viejo Serenelli dijo a su hijo Alejandro y a mi hijo Angelo que fueran a uncir los bueyes para la trilla. Alejandro, antes de salir de casa, en presencia de todos, le dijo a María: “Hay una camisa mía para remendar”. María, a media voz, preguntó dónde estaba y él añadió: “Sobre mi cama, y también están los remiendos”. Y esto lo dijo con tranquilidad.

Después de media hora de retomar el trabajo, el viejo Serenelli me dijo: “Asunta, me voy a echar un poco a la sombra a descansar”. Yo le respondí: “Vaya, yo me haré cargo de todo”. Y él se fue a descansar a los pies de la escalera de la casa sobre la desnuda tierra. Al poco rato, Alejandro me dice: “Asunta, sube al carro de los bueyes que voy un momento a casa”. Y yo, sin maliciar nada, le dije que sí. Subí a la carreta. En una carreta estaba yo y en la otra mi hijo Angelo. Después de unas pocas vueltas, mis bueyes, quizás molestados por las moscas, se apartaron un poco en una bajada. Yo, espantada, grité: “¡Virgen mía, ayúdame; san Antonio bendito!”. Y los bueyes volvieron a su lugar, siguiendo la carreta de mi hijo. Al volver sobre la casa, oigo llorar a la pequeña Teresa.

María, después de arreglada la cocina, había tomado la camisa de Alejandro para remendarla y puso a dormir a la pequeña Teresa junto a ella en el rellano superior de la escalera de casa. Yo desde la era la veía, pero al oír llorar a Teresa no vi a María y, temiendo que la pequeña se hubiese caído por las escaleras, mandé a mi hijo Mariano, que estaba sobre la carreta conmigo que fuera a ver por qué lloraba Teresa y dónde estaba María. Yo no sospechaba nada. Mientras Mariano se iba, vi al viejo Serenelli que se había levantado de donde estaba y subía corriendo las escaleras y Mariano aflojó el paso, sabiendo que ya había quien iba a ver lo sucedido. Vi al viejo Serenelli abrir la puerta de arriba y de pronto volverse y llamarme: “Asunta, ven arriba”. Y llamó también a Mario Cimarelli, que trillaba las habas en su era, diciéndole: “Mario sube también tú”. Cuando yo oí llamar a Mario, me asusté y dije: “¡Virgen mía, qué habrá sucedido en mi casa!”. Tanto yo como mis hijos, que estábamos en la era, dejamos todo y corrimos a casa, pero nos precedió Mario. Después llegó Teresa, la esposa de Mario, y los dos hermanos de Mario: Antonio y Domingo. Apenas

llegué, vi a Mario que tenía en brazos, apoyada la cabeza sobre su espalda, a mi hija María. Viendo a mi hija como muerta en los brazos de Mario, grité y él trató de animarme diciéndome: “Calle, comadre, porque María se ha hecho daño”, no habiéndose dado cuenta ni él de lo que había sucedido.

Desde la cocina llevaron a María a su cama. Yo la seguí y me vino a la mente la idea de que había sido violada por Alejandro, que no estaba presente, así que la descubrí para asegurarme de la sospecha y vi que había sido herida en el vientre. Yo di un gran grito y me llevaron fuera de la cocina sobre el rellano. Los Cimarelli me decían que convenía llevar a María a su casa, porque ellos temían la ferocidad de Alejandro, pero yo me opuse: “No, no, yo estaré con María. Ella debe quedarse aquí. Si la ha matado a ella, me matará también a mí”²⁶.

Mario Cimarelli declaró: Yo llegué a casa después del viejo Serenelli y él, mostrándome a María, que yacía en tierra, me dijo: “Ella dice que la ha herido mi hijo, pero él no está aquí”. Recogida del suelo con los vestidos llenos de sangre, la acomodé en la cama de su madre. Entonces llegó mi esposa Teresa junto con Asunta y yo comencé a fajar sus heridas. Mi esposa le preguntó a María qué había pasado y ella respondió: “Alejandro quería levantarme la falda, yo me opuse y me golpeó con un punzón. Quería hacerme cometer un grave pecado y yo no he querido”²⁷.

Domingo Cimarelli añade: Cuando llegué a la casa de los Goretti, ayudé a mi hermano Mario a levantar a María por los pies y colocarla en su cama y vi que tenía los vestidos llenos de sangre. Mi hermano me pidió ir a ver al patrón Mazzoleni para que me diera un caballo e ir de inmediato a llamar al médico. Así lo hice, pero el patrón me ordenó regresar a casa y lavar las heridas con una pastilla de sublimato, diciendo que él mandaría a otro para traer a la Cruz Roja y a los carabineros. Poco después llegaron los carabineros y, abierta la puerta de su cuarto, encontraron a Alejandro sobre su cama, enteramente vestido”²⁸.

Alejandro, llevado por los carabineros, esposado y amarrado a dos caballos, tardó dos horas en llegar a Neptuno. Durante el camino mucha gente, que ya se había enterado del suceso, lo insultaba y le tiraba piedras. En el atestado del carabinero Leonardo Ruggeri dice: Para dar a entender que había cometido el crimen en un momento de exaltación mental, declaró que tenía un hermano loco en un manicomio y que su madre había muerto loca”²⁹.

²⁶ Positio super martyrio, pp. 81-84.

²⁷ Ib. pp. 166-168 y 129-130.

²⁸ Positio, *Documenta*, p. 116.

²⁹ Alberti, *Alessandro*, p. 125.

Por su parte, Asunta manifestó: *Mi hija me dijo que había pedido ayuda, cuando estaba siendo herida, pero que no la había dejado hasta no verla caída en el suelo, cerca de la puerta de la cocina, donde había sucedido todo. Y que después se retiró Alejandro a su habitación y ella había tenido la fuerza de levantarse y llamar a Giovanni Serenelli, diciéndole que su hijo la había herido... También me dijo que, después de ser herida, ella se levantó y quiso gritar, pero él le puso la mano en la garganta y la golpeó con el punzón en la espalda y no la dejó hasta que la vio caer como un cuerpo muerto*³⁰.

Giovanni Serenelli exclamó: *“Asunta, no ha sido mi Alejandro”*. Y yo le respondí: *“Pues, ¿quién ha sido?”*. Entonces Mario Cimorelli, al oír aquella clara mentira, quiso darle de bofetadas³¹.

El carabiniere Eduardo Formica declara: *Cuando el arrestado llegó al cuartel, estaba sudando la gota gorda, le quité las esposas, y él me pidió agua para beber. Yo le hice notar que no la merecía por el delito cometido. Pero me conmoví y le di de beber*³².

EN EL HOSPITAL

Refiere Asunta: *Antes que mi hija fuese llevada al hospital, el patrón Mazzoleni me hizo llamar y, al encontrarlo, me di cuenta de que escondía por detrás un punzón. Yo entendí que era el arma que había herido a mi hija y dije: “Esa es el arma que ha herido a mi hija”. Vi que la punta estaba un poco torcida. Él me dijo que convenía que acompañara a mi hija al hospital, pero le hice observar que no podía abandonar a mis otros cinco hijos y me aseguró que él pensaría y se los encomendó a los Cimorelli. Subí a la ambulancia, tirada por caballos, y me senté en el asiento, a los pies de la camilla donde iba mi hija. A lo largo del trayecto los de la ambulancia me prohibieron hablar. Solo cuando vimos a Alejandro, atado entre los caballos de dos carabineros, no pude menos de exclamar: “Ése es el asesino”. Mi hija no decía nada, pero en cierto momento me preguntó: “¿Cuánto queda para llegar?”. Yo le aseguré que era poco, pues ya se veía Neptuno. Me pareció bastante aliviada y no abatida. Llegamos al hospital a las ocho de la tarde. Mientras esperábamos que se abriese la sala operatoria, María pedía un poco de agua, diciendo repetidamente: “Tengo sed”, pero no se le pudo dar, porque debía operarse.*

³⁰ Documenta, Positio super martyrio, pp. 105-106.

³¹ Positio super martyrio, pp. 129-130.

³² Positio super martyrio, p. 138.

La operación duró desde las ocho hasta las diez. Fue realizada sin anestesia, dada las condiciones de la paciente, que estaba muy grave y había perdido mucha sangre. La operaron los doctores Bartoli, Perotti y Onesti. No estuve presente, me quedé en el pasillo. El capellán del hospital de los Fatebenefratelli me preguntó, si éramos cristianos. Yo le respondí: “No faltaba más”. “Ahora antes de operarla, la confesamos”. Y yo acepté con agrado. Recuerdo que durante la operación, el capellán salía de rato en rato de la sala operatoria para animarme. Terminada la operación, pregunté al doctor si podía estar con mi hija. Él me lo permitió, recomendándome de no hacerla hablar y avisando a mi hija de que estaría con ella. Al entrar, apenas me vio, exclamó: “Mamá”. Y yo, acercándome a su cama, le pregunté cómo estaba. Me respondió: “Bien, mamá”. Y preguntó por sus hermanos y hermanas. También me preguntó si me quedaría con ella toda la noche. Y, habiéndole dicho que el doctor no me lo permitía, dijo: “Y ¿dónde vas a dormir?” Yo la dejé casi a medianoche y me quedé con Mario Cimorelli en la misma ambulancia que había quedado en Neptuno. Apenas se hizo de día, regresé al hospital. Me di cuenta que la gente hablaba en voz baja y de una persona oí que decía: “Ha muerto” y yo, pensando que se trataba de mi hija, di un grito y me desvanecí. Cuando recobré los sentidos, estaba acomodada sobre una piedra, donde me quedé algunos minutos. Cuando vinieron a mi encuentro Mario Cimorelli y un servidor del hospital, yo les pregunté si era verdad que ya había muerto y me hicieron entrar antes de la hora al hospital para que con mis propios ojos constataste que no era verdad.

Al verla de nuevo, lo primero que le pregunté era cómo estaba y ella con poca voz me respondió que estaba mejor. Me preguntó dónde había pasado la noche y varias veces, a lo largo del día, me preguntaba sobre mis hermanitos, que deseaba ver. Conmigo estaban para cuidarla una enfermera y dos religiosas hermanas de los pobres. Hacia las nueve de la mañana vino el doctor a curarla y yo debí salir de la habitación. Entonces llegaron los carabineros para hacerle algunas preguntas. Después de un cuarto de hora, me llamó el doctor y conmigo entraron los carabineros. A petición del doctor, le pregunté si otras veces Alejandro la había tentado. Ella respondió que otras dos veces. Yo dije: “Virgen mía, ¿por qué no se lo has dicho a tu mamá?”. Y ella: “Me había dicho que me mataría, si lo decía. Y me ha matado lo mismo”.

- *Y ¿desde cuánto tiempo?*
- *Desde hace un mes.*

En ese momento le pregunté al doctor si había hecho una cosa y otra: deshonrarla y masacrarla. Y el doctor me aseguró que mi hija estaba intacta y virgen, diciéndome: “No dude, está como ha nacido”.

Yo no asistí a la inscripción de mi hija en la Congregación de las hijas de María en el lecho de muerte como me refirieron las religiosas que la asistían, pero he visto con mis ojos en su cuello la medalla con su cinta celeste. También me dijeron las religiosas que había comulgado ³³.

SU MUERTE

Nos dice Asunta: *Varias veces durante el día me di cuenta de que María miraba el cuadro de la Virgen que estaba suspendido en la pared y, un poco antes de expirar, pidió ser llevada a la cama vecina para estar más cerca del cuadro de la Virgen. Viendo que no lo hacíamos, dijo: “¿Por qué no me queréis hacer ir con la Virgen?”. Supe del religioso farmacéutico del hospital que él, después de la comunión, le había preguntado a María si perdonaba. Y ella respondió: “Sí, lo perdono y lo quiero junto a mí en el paraíso”* ³⁴.

El padre Leo Turco refiere en el Proceso: *Sé que el día de su muerte dos de nuestros padres (pasionistas), el padre Antonio Buzzelli y el padre Antonio Grossi, se acercaron a visitar a María al hospital y dijeron que, antes de morir, repetía las palabras: “No me toques, que vas al infierno”. Y que, al preguntarle si perdonaba al asesino, respondió: “Yo lo perdono”* ³⁵.

El médico Francisco Bartoli, que la atendió en su casa después del delito y en el hospital de Neptuno, afirmó que *invocaba frecuentemente a Jesús y a María y conservaba plenamente sus facultades mentales* ³⁶.

Fray Clemente Windirck declaró: *La oí repetidamente invocar a la Virgen y pronunciar palabras de perdón para el agresor... He oído al capellán del hospital, padre Martín Guijarro, que hizo una santa confesión y que había recibido la unción de los enfermos y la comunión como viático* ³⁷.

Anota Asunta: *Vi varias veces cómo el capellán del hospital se acercaba a su lecho para sugerirle alguna jaculatoria y una vez le insinuó que perdonase. En el momento de su muerte, no estaba el sacerdote en la habitación. Y, habiendo oído los lloros, entró, exclamando: “No creía que moriría en este momento”... Poco antes de expirar, dijo: “¡Teresa!”, a pesar de que yo estaba a su lado y parecía que ya no me conocía. Entonces una enfermera, que estaba a*

³³ Positio super martyrio, pp. 84-87.

³⁴ Positio super martyrio, pp. 132-133.

³⁵ Ib. pp. 90-91.

³⁶ Ib. pp. 78-79.

³⁷ Ib. p. 92.

su lado, le tomó la mano y dijo: “Teresa no está”. Y María expiró plácidamente. Eran alrededor de las tres de la tarde.

Inmediatamente me alejaron, no sólo de la habitación, sino hasta del hospital. Me recobré en una casa de Neptuno, acompañada de Mario Cimorelli; y en la tarde volví a Le Ferriere con mis hijos, donde permanecí en casa de los Cimorelli sin poner pie en mi casa ³⁸.

Los doctores Francesco Bartoli, Francesco Basso y Luchesi certificaron que en el reconocimiento del cadáver, haciéndole la autopsia, *se verificaron 14 heridas externas de arma penetrante y 4 pequeñas contusiones. De las heridas externas, cuatro fueron penetrantes en el tórax e hirieron el pericardio, el corazón y el pulmón izquierdo. Cinco heridas penetraron en la cavidad abdominal y perforaron el intestino. La causa de su muerte fue una peritonitis séptica a causa de las heridas intestinales y la grave hemorragia producida por las numerosas heridas ³⁹.*

LOS FUNERALES

Asunta declaró: *Yo no asistí a los funerales, pero he sabido del señor Mazzoleni que fueron muy solemnes. Asistió una gran multitud. Muchos habían venido desde Roma. Hubo gran número de asociaciones y autoridades. El arcipreste y párroco de Neptuno, don Signori, arengó al pueblo, poniendo en evidencia el heroísmo de la jovencita, que fue sepultada en el cementerio de Neptuno ⁴⁰.*

El alcalde, a pesar de ser de izquierda radical, ofreció una tumba gratuita en su honor. En el ayuntamiento de Anzio, casi todos anticlericales, ensalzaron en una sesión plenaria la valentía de María. El comandante de los carabinieri, Lorenzo Fantini, dijo al párroco de Neptuno: *María Goretti es una maravilla. Todos quedaron impresionados del fervor de la multitud y del homenaje tributado en su honor.*

Y Asunta añade: *El párroco de San Roque de Roma, conociendo el hecho por los periódicos, no sólo vino a los funerales, sino que se interesó por nuestra familia. Me llamó a Roma, me hospedó en su casa durante 15 días y se preocupó de colocar a mi hija Ersilia en el Instituto de las Zoccolette y, después de un año,*

³⁸ Ib. pp. 87-89.

³⁹ Positio, *Documenta*, p. 107.

⁴⁰ Ib. p. 90.

*también a mi hija Teresa en las misioneras de María, en su casa de Grottaferrata. Y en tres ocasiones pagó los gastos del viaje*⁴¹.

Después del entierro, Mazzoleni, debido a algunos artículos aparecidos en los periódicos en su contra y porque ya no podrían cumplir con el contrato, despidió a todas las familias, incluidos los Cimarelli.

En Corinaldo, a los 50 días de su muerte, dedicaron un monumento a María Goretti en la plaza, junto a la calle que lleva a su casa natal. En 1910, en el mismo Corinaldo, levantaron otro monumento en la iglesia parroquial, realizado por Giovanni Scrivo.

A CORINALDO

Asunta decidió regresar a Corinaldo, pero no podía hasta que terminara el juicio contra Alejandro. Estaba en paz, recordando las palabras que repetía su esposo: *Dios siempre provee*. Encontró trabajo en Neptuno en la casa de comidas *Il Tripolino*.

Y, cuanto antes pudo, el 2 de noviembre, se fue con su familia a Corinaldo. Llegaron primero a Roma con ayuda prestada por Mazzoleni. Asunta se dirigió a la policía para que pudiera ayudarle con un boleto gratuito hasta Corinaldo por “grave indigencia”. *Los tres días que debimos estar en Roma, estuvimos en la estación y dormimos en la tierra sobre ladrillos sin mantas*⁴².

El jefe de la estación tuvo piedad y les dio alimentación gratis. Regresaba Asunta a Corinaldo después de siete años, más pobres que antes y sin el esposo ni la hija. Llegaban pobres, descalzos y con hambre. Encontrar casa fue una tarea muy difícil. Un cierto Antonio Montesi se compadeció y le ofreció para vivir el establo, aseado y limpio, y unos kilos de maíz. Asunta tenía 36 años y consiguió trabajo en casa del conde Brunori, después con el alcalde Sandreani y, por fin, con el párroco don Marinelli. Por su parte Angelo, Mariano y Alejandro, los hijos pequeños, comenzaban a hacer pequeños trabajitos.

Poco a poco, pudieron ir mejorando y encontraron una casita delante de la iglesia de San Francisco. En octubre de 1903 Ersilia fue acogida en el orfanato de las Zoccollette de Roma, mientras Teresa fue acogida en las hermanas misioneras franciscanas de María.

⁴¹ Ib. p. 255.

⁴² Alberti, *Alessandro Serenelli*, pp. 204-205.

En 1918 Ersilia y Teresa regresaron a Corinaldo. En 1920 Teresa entró como religiosa en las religiosas misioneras franciscanas de María.

En 1929 Asunta asistió en Neptuno a la traslación de los restos de María al santuario de la Virgen de las Gracias. Este mismo año 1929 empezó a trabajar con el nuevo párroco de Corinaldo, padre Francisco Bernacchi, en la casa parroquial, donde estuvo hasta 1944. Este año se fracturó el fémur y quedó inactiva. Se fue a vivir a casa de Ersilia y allí estuvo los últimos 10 años de su vida. En 1947 asistió en Roma a la beatificación de María. En 1950 asistió también en Roma a su canonización.

Alejandro y Asunta se encontraron por última vez en 1954. Se fotografiaron juntos y reconocieron que ambos habían envejecido mucho. En octubre de este año 1954, Ersilia le mandó un telegrama a Alejandro, diciendo que Asunta estaba muy grave. Fue a Corinaldo, pero ya había muerto el ocho de octubre. Murió a los 88 años de edad. Muchos sacerdotes, seis obispos y gran cantidad de fieles le rindieron honores. Fue sepultada en el cementerio de Corinaldo. Años más tarde sus restos fueron llevados a la cripta del santuario de Santa María Goretti de Corinaldo y actualmente se encuentran en la cripta del santuario de la Virgen de las Gracias de Neptuno, para que las que estuvieron unidas en vida puedan estarlo también simbólicamente después de la muerte.

Con relación a sus hijos, hermanos de María, podemos decir que el primero, Tonino, murió a los ocho meses de nacido; Angelo, el mayor, emigró a Estados Unidos en 1910. Trabajó en una mina y después en una tintorería. En 1916 llamó a su lado a su hermano Alessandro, quien murió de pulmonía al año siguiente a los 22 años. Mariano también fue a Estados Unidos, pero regresó para ir al servicio militar. Luchó en la primera guerra mundial y después volvió a Estados Unidos, pero regresó definitivamente a Italia, trabajando como campesino. Murió en 1975. Por su parte, Angelo había regresado en 1914 para casarse con Rosa Staroni, una amiga de Corinaldo, y con ella regresó a vivir a Estados Unidos. Regresó en 1950 para la canonización de su hermana María y también en 1964, pero murió estando de vacaciones en Corinaldo de un infarto. Sus hijos lo repatriaron a Estados Unidos.

Ersilia se casó en 1922 con un albañil de Corinaldo y tuvo tres hijos. En su casa vivió su madre Asunta los últimos diez años de su vida por estar inmobilizada en silla de ruedas, debido a una caída y rotura del fémur, cuando tenía 78 años.

Teresa se hizo religiosa franciscana misionera de María en 1920, cambiando su nombre por sor María de San Alfredo. Murió en 1981, dos años

después de su encuentro con el Papa Juan Pablo II en Neptuno, adonde fue el 10 de septiembre de 1979. El mismo año 1981 murió también Ersilia.

CAPÍTULO TERCERO EL ASESINO

EN LA CÁRCEL

Alejandro fue trasladado el 6 de julio de 1902 de Neptuno a Roma, a la cárcel Regina Coeli. Desde ese momento, ya no lo llamaron por su nombre, sino por el número 3142. Nos dice: *Me pusieron aparte y pasé horas de tremenda angustia, días de llanto, porque me daba cuenta de que todo había sucedido por culpa mía. Me hice amargas reflexiones, pero ya era demasiado tarde. El 8 de julio fui interrogado por el juez instructor (Francesco Basso) y después otras veces por jueces y abogados, que para mí fue un suplicio* ⁴³.

A fines de julio vino a visitarme mi padre. Estaba anonadado, ¡pobre hombre! Me llevó un cesto de fruta, me animó y me dio un poco de dinero. No lo vi más ⁴⁴. Una de las primeras cosas que hizo en la cárcel de Roma fue confesarse⁴⁵.

El proceso comenzó el 11 de octubre 1902 y terminó el día 15. En la mañana del 15 de octubre se leyó la pericia siquiátrica del profesor Mingazzini, en la que termina afirmando: *“Mató a la joven únicamente, porque no quiso condescender a sus deseos carnales y la prueba de ello son sus mismas declaraciones. Es cierto que si hubiese sido correspondido, no habría tenido aquella ira que tenía cuando la veía y no la habría herido”*. Estas palabras demuestran luminosamente la verdadera causa del crimen.

El 15 de octubre de 1902 Alejandro fue condenado a 30 años de prisión. Dijo sobre esto: *La impresión que me produjo la sentencia, aunque era previsible, fue tremenda. Habría preferido ser muerto y sepultado. Mis ideas defensivas (de estar loco o querer matarla para pasar la vida en la cárcel a costa del Estado, porque no podía vivir en la miseria) no fueron aceptadas. Pero quedaron en las Actas y echaron una sombra de duda sobre la santidad de María Goretti. Si yo hubiese muerto, cuando me agarró la fiebre española en*

⁴³ Alberti, *Alessandro Serenelli*, p. 163.

⁴⁴ Ib. p. 180.

⁴⁵ Ib. p. 223.

1918 en Augusta, no hubiera podido cancelar esa calumnia, pero se ve que Dios quería santa a María ⁴⁶.

Ese mismo día, 15 de octubre de 1902, dice Asunta: *Para mí fue un día malo para recordar. Alejandro estaba delante de mí. Fue condenado a 30 años. Me dio lástima. Al final me preguntaron si perdonaba al asesino. Respondí que sí. Todos comenzaron a gritar: “Yo no lo perdonaría”. Les dije: “¿Y si Jesús no nos perdonase tampoco a nosotros?”* ⁴⁷.

DECLARACIÓN Y RETRACTACIÓN

Alejandro en su declaración del día 8 de julio de 1902 en la cárcel *Regina Coeli* de Roma manifestó: *Me llamó Alejandro Serenelli hijo de Giovanni Serenelli y de Cecilia Mangoni, de 20 años, de Paterno (Ancona) y residente en el Agro Romano, en la finca de Le Ferriere de Conca, soltero y nunca condenado ni militar...*

Un día del mes de junio, aprovechando la ausencia de su madre, traté de unirme carnalmente con su primera hija, de nombre María Goretti. Le levanté la falda, pero ella opuso resistencia y yo, al dejarla marchar, le ordené no decir nada a su madre, pues de otro modo la mataría. Esto fue un capricho de un momento... Viendo que, a pesar de trabajar, estaba siempre en la miseria, pocos días antes del 5 del presente mes tomé la determinación de matar a la Goretti para ir a la cárcel y vivir a expensas del Estado.

De hecho, el día cinco, a las tres de la tarde, mientras estaba trillando las habas en la era en un carro tirado por dos bueyes, le hice subir a la madre para que continuara el trabajo, porque tenía necesidad de ir a casa. Al pasar cerca de mi padre, que estaba sentado junto el establo, le pregunté si estaba bien de salud, ya que sabía que estaba indispuesto. Él me respondió que tenía fiebre. Entré en la casa sin decir nada a María, que estaba remendando una camisa mía. Yendo a la última habitación donde había hierros viejos, tomé un punzón afilado por Luigi Goretti y que había traído de “Las Marcas” para coser escobas. Después con un brazo arrastré a María a la cocina y cerré la puerta. Le levanté la falda por la parte anterior, no porque quisiera atentar contra su honor, sino para mejor llevar a efecto mi propósito. Ella, pensando que quería atentar contra su honor, asustada, pareció querer ceder a mis deseos lascivos, pero como mi pensamiento era sacrificarla, le golpeé con él punzón sobre su desnudo vientre. Ella consiguió levantarse, llamando a su madre en su ayuda y,

⁴⁶ Ib. pp. 191-192.

⁴⁷ Ib. p. 210.

mientras ella me volvía la espalda, yo le di otros golpes con el punzón. Después ella cayó a tierra y yo creí que estaba muerta. Me retiré a mi habitación y me eché en mi cama, esperando a los carabineros. Estando en mi cama, sentí varias veces que golpeaban a la puerta pero no abrí. Con un empujón mi padre abrió la puerta y me preguntó qué había hecho, pero no le respondí.

Cuando llegaron los carabineros, me pusieron las esposas y me preguntaron dónde estaba el arma y no les respondí. Después el señor Mazzoleni me obligó a hablar y yo le indiqué el cajón detrás del cual había tirado el punzón. Domenico Cimarelli lo encontró todavía lleno de sangre y lo entregó a los carabineros... Ahora estoy arrepentido del hecho cometido. Confieso que una vez intenté unirme carnalmente con ella. No tengo testigos en mi descargo⁴⁸.

En esta declaración ante el juez, se ve claramente que quiere defenderse y dice: *Tomé la determinación de matar a la Goretti para ir a la cárcel y vivir a expensas del Estado... Ella, asustada, pareció querer ceder a mis deseos lascivos, pero como mi pensamiento era sacrificarla, le golpeé con el punzón.* También quiso disculparse, como si no hubiera sido consciente, porque lo hizo en un momento de exaltación mental, pues era algo de familia, ya que su madre y su hermano Gaspar habían muerto en un manicomio. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los jueces no cayeron en la trampa y consideraron que él era consciente y culpable y que el móvil del asesinato había sido claramente el deseo carnal y la negativa de la joven.

La primera vez que se retractó de las declaraciones ante el juez fue en noviembre de 1930, cuando Armida Barelli fue a visitarlo, después de haber salido ya de la cárcel. Él le dijo textualmente: *Ciertos delitos no se pagan nunca suficientemente...*

Dijo: “María Goretti era verdaderamente un ángel de niña. Inocente como el agua. Era tan piadosa, buena y servicial que era una niña modelo”. Le preguntamos si era cierto que, mientras la golpeaba con el punzón, ella, en vez de parar los golpes, se preocupaba de cubrir sus miembros y salvar el alma del asesino, diciéndole: “Alejandro, tú haces un pecado, vas a ir al infierno”. Respondió: “Lamentablemente es verdad”⁴⁹.

En otra ocasión aclaró: *Yo no pensaba en casarme con María y tampoco me decidí a matarla por rencores y venganzas de asuntos de familia, porque se vivía de acuerdo. Todo fue sólo por causa de mi pasión... También es falso lo que se lee en las Actas del proceso criminal y, especialmente en la pericia médica, de*

⁴⁸ Positio super martyrio, pp. 108-111.

⁴⁹ Positio super martyrio, pp. 153-154.

que yo maté a María para ser mantenido por el gobierno. También contradigo lo que se lee en la pericia médica en lo que se refiere al sí, sí proferido por la sierva de Dios. Como ya he dicho repetidas veces, el sí, sí lo hizo preceder y seguir de la frase “Dios no quiere estas cosas, tú vas al infierno”. Yo no pensé ni remotamente que el sí, sí quisiera decir que consentía a mis deseos⁵⁰.

Niego absolutamente que yo quisiera cometer tal acción para ir a la cárcel y asegurarme el pan por muchos años. El único y verdadero motivo fue atender contra su pudor y, si no aceptaba como las otras veces, matarla. Niego totalmente que ella, aterrorizada, dijera sí, sí, como si quisiera decirme: “No me hagas mal que consiento”. Más bien dijo: “No, no” con decisión firme y lo mismo, cuando le alcé el vestido repitiendo varias veces: “Dios no lo quiere, tú vas a ir al infierno”. Niego que yo había pensado matarla aunque hubiese correspondido a mis deseos carnales. No le alcé el vestido para hierla mejor, sino para desfogar mi pasión... Tampoco tuve en mente el poder casarme un día con ella, tanto más que todavía era muy pequeña de edad ni tenía una belleza que me atrajera, ni dio nunca ocasión con cualquier sonrisa o expresión que me provocara la pasión⁵¹.

VIDA CARCELARIA

Él escribe: El número 3142 era mi matrícula y nada más. Mi condena comprendía tres años de soledad total. Esta segregación es algo que hace enloquecer (menos mal que ahora está suprimida). No puede haber pena mayor. Siempre solo con tus pensamientos, siempre en silencio. Una hora sola de paseo en el patio interno y siempre solo y en silencio. Algo para enloquecer y muchos enloquecieron⁵².

Su celda era de dimensiones mínimas, de piedra sin labrar. Tenía una ventanilla con barras, demasiado alta para poder ver algo. También tenía un catre, una escudilla de arcilla, un jarro de estaño y un cubo. Los guardianes no le dirigían la palabra y estuvo en total aislamiento sin poder leer.

En febrero de 1903 fue trasladado de Roma a la cárcel de Noto (Sicilia). Después de 12 meses de total aislamiento, le concedieron hablar a media voz con otros prisioneros. Pasados tres años de aislamiento, ya pudo hablar con el capellán y el director de la cárcel, ambos buenas personas, de las que guardará buen recuerdo toda la vida. El director escuchaba a todos con paciencia y

⁵⁰ Ib. pp. 221-222.

⁵¹ Ib. p. 158.

⁵² Alberti, *Alessandro Serenelli*, pp. 217-218.

siempre tenía pan o algo para regalarles. El día de san Conrado, 28 de agosto, venía su esposa y daba a todos con sus propias manos un racimo de uvas de su viña y les dirigía palabras de aliento. El capellán era anciano y siempre ayudaba y escuchaba a todos, dándoles objetos de devoción y hasta tabaco a los que fumaban.

Alejandro fue un buen reo. Al principio encoló cajas de cerillas. Le pagaban 20 céntimos por cada mil. Después pasó a preparar fibras de las palmas para la fabricación de cuerdas: raspaba las hojas con un gran peine de madera de tres filas de dientes de hierro cortantes.

*Dice: En los primeros 18 años hice trabajos de muchos oficios, mozo sillero, cargador, barrendero, etc. Los peores días eran aquellos en que no había nada que hacer. El director quiso que aprendiera el oficio de carpintero, pero yo no quería, me sentía sofocar, yo quería trabajar al aire abierto y no podía estar en sitio cerrado. Me castigó por no querer aprender, pero me escuchó y me mandó a trabajar a los campos... Nunca perdí la esperanza de salir. Compraba pan, fruta, pero vino no. Nunca recibí nada de nadie. Sólo mi hermana Lucía, la mayor de los hermanos, me mandaba cinco o diez liras y alguna vez hasta veinte y me escribía siempre. Era mi único gran consuelo, constante y regular, que tenía de los familiares. Mi padre murió en 1918 a los 81 años. Él me escribía cada uno, dos o tres meses. Su muerte me la comunicó el capellán y aquel día me dispensaron del trabajo. Mi hermano Vincenzo me escribía desde América, pero nunca me mandó nada*⁵³.

Cuando la guerra de 1915-1918, primera guerra mundial, el director les pidió a los presos contribuir con un préstamo para la victoria. Él prestó 100 liras al interés de cinco por ciento y, cuando salió en 1929, le restituyeron mil cuatrocientas liras. En la cárcel lo pasó mal, aunque él nunca participó en revueltas por causa de la mala comida o de las continuas inspecciones.

EL SUEÑO

Allí, en la cárcel de Noto, tuvo un sueño con María: Lo cuenta el mismo Alejandro en un documento que se conserva en el archivo del convento pasionista de Scala Santa, en Roma: *Era el último año de mi prisión celular. Hubiera enloquecido de tantos sufrimientos. Turbaban mi mente ideas de desesperación cada vez más violentas, cuando una noche tuve un sueño en el que, de pronto, me vi en un jardín. Sobre un campo de flores blancas y lirios veo*

⁵³ Ib. pp. 221-223.

descender a María, bellísima, vestida de blanco. Recogiendo lirios me los ofrece a mí y me dice: “Tómalos”, y me sonríe como un ángel.

Animado por esta sonrisa y sin pensar siquiera en arrodillarme y pedirle perdón, acepto uno a uno los lirios hasta no poder recibir ya más en mis brazos. Entonces me doy cuenta de que aquellos lirios se iban transformando en llamas. María me sonríe nuevamente y desaparece. Yo despierto y me digo lleno de confianza: “Ahora también yo me salvo. María ha venido personalmente a verme y a otorgarme su perdón. Estoy seguro de que ella ora por mí”. Desde aquel día no siento ya el horror de antes por mi vida. Todo esto sucedió a finales del año 1906.

DECLARACIÓN DE NOTO

En 1909 le comenzaron a llegar publicaciones en las que hablaban de María como de una santa. Dice: *Cuando leí que me había perdonado antes de morir, me impresionó muchísimo y lloré* ⁵⁴.

En noviembre de 1910 el obispo de Noto fue a visitarlo a la cárcel y le pidió que escribiera una carta de arrepentimiento. El 10 noviembre de 1910 escribió con ayuda de un compañero de prisión la siguiente carta: *En un momento de aberración mental (estas palabras consideró en declaraciones posteriores que no eran exactas, porque estaba lúcido y consciente) he cometido un homicidio tan bárbaro que ya la ley ha castigado... Era demasiado joven y tenía poco conocimiento de la vida, lo que me llevó a dar semejante paso que hoy lamento amargamente. Doblemente lamento el mal realizado, porque tengo la conciencia de haber quitado la vida a una pobre inocente, que hasta el último momento quiso mantener a salvo su honor, sacrificándose antes que ceder a mis deseos, que me llevaron a dar un paso tan terrible y deplorable.*

Públicamente detesto el mal realizado y pido perdón a Dios y después a la pobre y desolada familia de la asesinada por lo que he cometido. Quiero esperar que yo también podré obtener el perdón como tantos otros en esta tierra ⁵⁵.

Esa carta, dirigida al obispo de Noto, el mismo obispo de Noto se la envió al obispo de Senigallia, quien se la remitió a don Marinelli, párroco de Corinaldo, y él la leyó a todos sus fieles. Hubo comunicación epistolar entre Corinaldo y la cárcel de Noto y hasta le enviaron la biografía escrita por don Marini con algunas

⁵⁴ Alberti, *Alessandro Serenelli*, p. 227.

⁵⁵ *Ib.* p. 269.

copias de la revista *Vera Roma* con noticias de milagros obtenidos por intercesión de María.

LA LIBERTAD

Después de estar 15 años de cárcel, pudo solicitar su traslado a campos de trabajo. En el verano de 1918 fue enviado a la cárcel de Augusta (Sicilia). Apenas llegado a Augusta, se enfermó de la fiebre española, que en Europa mató a millones de personas. Él escribió: *El médico no me hizo nada o casi nada. Recuerdo que visitaba a prisa y fumaba siempre. Al reflexionar ahora, pienso que fue el dedo de Dios quien me mantuvo en vida. Si hubiese muerto entonces, no habría podido retractar las calumnias que había puesto a María en el tribunal. Calumnias que habrían podido impedir su canonización. Pobrecita, ella era inocente como el agua. Era como matarla una segunda vez, pero Dios no lo permitió y me conservó la vida*⁵⁶.

En la primavera de 1919, después de 10 meses, fue trasladado a Cerdeña, a la cárcel de Mamone, donde estuvo hasta 1924, y después a Alghero, de donde salió libre. El 7 de marzo de 1929 el director del penal le comunicó que le habían condonado oficialmente tres años y que estaba libre. Afirma: *Recibí el agradecimiento de todos los presos. Se hizo fiesta con menestra, carne y vino. El 11 de marzo de 1929 salí de la cárcel con un traje nuevo que me envió mi hermano. Los presos me saludaban y decían: “Sale como un señor”. Después de 27 años por fin libre*⁵⁷.

Tenía ya 47 años, aunque parecía de 60 o más. Estaba desdentado, calvo, con los pocos cabellos blancos y con las mejillas hundidas.

LIBERTAD VIGILADA

Los tres primeros años de libertad debían ser de libertad vigilada sin poder salir de noche ni frecuentar lugares públicos. Desde Alghero en Cerdeña fue en barco, vigilado y esposado, hasta la cárcel *Regina Coeli* de Roma, donde pasó seis días en cárcel de tránsito. El 18, también esposado, fue llevado en tren hasta Ancona, donde debía presentarse al cuartel de policía cada domingo para firmar. El 21 de marzo se encontró con su hermano Pedro, que lo veía después de 30 años. En Torrette conoció a sus sobrinos. Estuvo dos años viviendo allí con su hermano, haciendo algunos trabajos. Varias veces Pedro le planteó la posibilidad

⁵⁶ Ib. pp. 238-239.

⁵⁷ Ib. p. 244.

de casarse y le presentó a cierta Valeria conocida. No aceptó y le propusieron otras alternativas, pero ya estaba acostumbrado a estar solo y no quería comprometerse con nadie. El problema principal para él era encontrar un buen trabajo, pero muchos que lo conocían tenían prejuicios. Algunas semanas trabajó de ayudante de jardinero, después como peón y, sobre todo, de jornalero, durmiendo en establos y mal comido. En la cárcel comía más y mejor.

Siguió trabajando donde podía. Un día una mujer le hizo propuestas deshonestas. Él dice: *Era florida y un poco fogosa y, si no hubiera tenido juicio, hubiera sucedido un error. Pero, cuando uno ha sido picado por una serpiente, tiene miedo hasta de una lagartija* ⁵⁸.

NAVIDAD CON ASUNTA

En Navidad de 1934 Asunta, que trabajaba en la casa parroquial de Corinaldo, le pidió a don Bernacchia invitar a Alejandro a celebrar con ellos la Navidad. Alejandro trabajaba en Ósimo. Alejandro declaró: *Acepté de buen grado. Sabía que en la casa parroquial estaba como ama de llaves Asunta y deseaba encontrarme con ella y pedirle perdón por mi delito* ⁵⁹.

En la vigilia de Navidad, muy de mañana, tomó el tren. Llegó a Corinaldo al atardecer. Se dirigió a la casa parroquial, tocó el timbre y esperó. Salió Asunta y él le dijo:

- *Asunta, ¿me conoces? Soy Alejandro.*

Asunta lo miró a los ojos y lo reconoció. Salió en ese momento don Bernacchia y le hizo pasar. Y entre la puerta de entrada y la cocina, con el sombrero en la mano, se arrodilló y le dijo: “Asunta, te pido perdón por todo el mal que hice a tu familia”.

- *Te ha perdonado Dios, te ha perdonado María y te he perdonado yo.*

Un largo abrazo selló aquel momento extraordinario. A la mañana siguiente fueron juntos a misa y comulgaron. Dice Alejandro: “Estaba feliz, me parecía haber encontrado en la tierra el afecto de mi pobre mamá” ⁶⁰.

⁵⁸ Ib. p. 251.

⁵⁹ Ib. p. 254.

⁶⁰ Ib. p. 255.

NUEVA RECTIFICACIÓN

En 1935 estaba trabajando en la finca del señor Bontempi cerca de Ósimo, y allí fue a buscarlo el padre Aurelio de la Pasión el 7 de noviembre con un sacerdote de Corinaldo y el párroco de Ósimo.

Al nombrarle a María Goretti, se emocionó y se secó una lágrima. Y dijo: *La culpa es toda mía*. Esta frase la dijo tres veces a lo largo de la conversación.

Anota el padre Aurelio: *Le anuncié que con el tiempo la pequeña mártir sería declarada santa y que su palabra sería importante. Respondió: “Es mi deber. Debo reparar y debo hacer todo lo que esté en mi poder por su glorificación. La culpa es toda mía, porque me dejé llevar como ciego de una pasión brutal y ella hizo bien en resistir para conservar su inocencia. Ella era inocente. En aquellos tiempos las niñas no eran como ahora: eran sencillas, buenas, sobre todo en el campo. María era buena y, para conservar su pureza, prefirió caer bajo la mano de un asesino... Reconozco que yo era una bestia al querer deshonrarla para desahogar una baja pasión... Muchas veces, cuando por la noche no puedo dormir, pienso: “Si en el paraíso hay mártires, ella es la primera... ¡Con todo lo que le he hecho!”⁶¹.*

CON LOS CAPUCHINOS

En 1936 la providencia hizo que el padre capuchino Luigi de Monterado quisiera ayudarlo y le obtuvo un puesto de trabajo en el convento de Ambro. El padre Luigi le mandó para el viaje 22 liras. Este santuario-convento, es el más antiguo de *Las Marcas* y, después de Loreto, el más frecuentado. Alejandro escribió: *Este convento, lugar apartado del mundo con sus claustros silenciosos y con la iglesia, ha sido para mí durante largos años como un oasis para el sediento o el refugio para el navegante*⁶².

Él era el encargado de cultivar el huerto, algo que le gustaba mucho. Allí pasó algunos años hasta que hubo un desagradable incidente: *Un sirviente del convento, un tal Mugnetto, ya anciano, fue despedido, porque se emborrachaba y hacía algunas malas acciones. Pero para quedarse inventó una estratagema. Simuló que le habían robado sus ahorros de 4.000 liras. Puso la denuncia y llegaron los carabinieri. Dice Alejandro: “Yo y un compañero joven, de nombre Troiani, fuimos considerados sospechosos. Me presenté solo en el cuartel de policía. El guardián, sorprendido, dijo: “No es normal que uno se presente*

⁶¹ Declaración del padre Aurelio de la Pasión del 7 de noviembre de 1935.

⁶² Alberti, *Alessandro Serenelli*, p. 296.

espontáneamente en el cuartel” Como yo había estado en la cárcel, sospecharon de mí y no creyeron en mis palabras de inocencia. Decía el jefe: “Confiesa, no te voy a denunciar, porque hasta ahora has tenido buena conducta. Confiesa, devuelve el dinero y te dejo libre”. Pero yo no tenía nada que confesar. Estuve quince días en la cárcel. El padre Luigi daba fe de mi inocencia, pero nadie me creía por mi pasado. Entonces oré a María y un día, después de una revisión, encontraron las 4.000 liras. El anciano hortelano fue arrestado y confesó todo. Yo fui liberado. El Superior, padre Rafael, apenas regresé al convento me dijo: “No puedes estar más aquí, debes buscarte otro trabajo”⁶³.

Regresó a Corinaldo a casa del párroco, que lo alojó varios días, buscando una solución. Escribió a varias direcciones y las respuestas llegaron pronto: una de los pasionistas de San Marcello de Jesi y otra de los capuchinos de Ascoli Piceno. Alejandro, que ya conocía a los capuchinos, decidió ir a Ascoli Piceno, al famoso convento de San Serafín.

Allí estuvo por casi veinte años. Afirma: *Desempeñé varios oficios: primero el trabajo en la huerta y después, desde 1945, portero del convento. Abrir y cerrar las puertas y contentar a todas las personas no es cosa fácil, cuando los años pesan sobre las espaldas; y subir las escaleras cientos de veces al día era para mí un verdadero sacrificio, teniendo que ejercitar la paciencia*⁶⁴.

En 1947 quise asistir a la fiesta de beatificación de María en Roma, pero el padre encargado de acompañarme, murió y se canceló el viaje. Acepté la invitación para asistir a la fiesta que se hizo en Corinaldo. Llegué a Corinaldo desde Senigallia. Hablando con otro pasajero, le dije que venía de Ascoli Piceno. Y me preguntó:

- *¿Allí vive el asesino de María?*
- *Sí, lo he sabido.*
- *¿Lo conoce?*
- *Sí, lo conozco bien.*
- *¿Es verdad que se ha hecho capuchino?*
- *No, no es religioso, es un trabajador como yo.*

Llegado a Corinaldo, fui a la casa de Ersilia, donde vivía Asunta. Todos estuvieron felices de verme, sobre todo los sobrinos de María, que me veían por primera vez. Asunta me presentó con estas palabras: “Este señor es el que abrió

⁶³ Ib. pp. 298-299.

⁶⁴ Ib. p. 303.

las puertas del cielo a la tía María. Gracias a él ahora es beata. Quedé sorprendido de tanta delicadeza ⁶⁵.

MUERTE EJEMPLAR

Alejandro, el 15 de febrero de 1956 se cayó al bajar un escalón de la iglesia y se fracturó el fémur derecho. Estuvo alojado en la enfermería del convento de Macerata desde el 17 de noviembre de 1956 hasta el 6 de mayo de 1970 en que murió. El Superior escribió sobre él: *Durante los años que ha vivido en esta enfermería se le ha notado siempre un espíritu de oración, igual o superior a la de un buen religioso. Siempre a tiempo en la capilla para las prácticas de piedad y para la comunión. Incluso fuera de horario estaba frecuentemente en la capilla en oración. En su habitación leía libros y revistas que había en la sala de lectura. Era un apasionado lector. Sufrió mucho de las piernas por la mala circulación de la sangre, pero nunca se quejaba de sus achaques y trataba de ser útil a los otros pacientes.*

En su última enfermedad, que lo hizo estar tres meses en cama, estaba sereno y resignado. Cuando le hacían curaciones dolorosas, solía decir: “Virgen mía, cuánto me duele”, pero no tenía muestras de impaciencia. Cuando alguien lo visitaba, se despedía con una señal “hasta el cielo” y con la promesa de rezar por ellos.

Fue un hombre arrepentido de su pecado, que afrontó sus años de cárcel con la serenidad de saber que Dios lo había perdonado y también su víctima; teniendo la certeza de tener en el cielo una protectora. En sus últimos momentos, el padre Gilberto, que estaba junto a él rezando las oraciones de los agonizantes, notó que tenía los ojos fijos en un punto de la pared. Un segundo antes de expirar cerró los ojos y la boca con una actitud serenísima y así quedó hasta el momento en que se cerró el ataúd en la cámara mortuoria del cementerio en la tarde del 8 de mayo ⁶⁶.

Los funerales tuvieron lugar el día 8 a las 9:30 a.m. con una misa celebrada por el Superior y dos sacerdotes capuchinos. Fue enterrado en el cementerio de Macerata en la tumba N° 15109, que él mismo había comprado algunos años antes. Tiene una lápida con su fotografía en que está escrito: *Alessandro Serenelli. Nacido el 2 de junio de 1882. Muerto el 6 de mayo de 1970.*

⁶⁵ Ib. pp. 304-305.

⁶⁶ Ib. pp. 329-331.

CAPÍTULO CUARTO

MARÍA GORETTI

María Goretti era la tercera de siete hermanos. Nació en Corinaldo el 16 de octubre de 1890, hija legítima de Luigi Goretti y de Asunta Carlini. Fue bautizada el mismo día de su nacimiento en la iglesia parroquial de San Francisco de Corinaldo. Sus nombres eran María Teresa. Su madrina fue Pascualina Goretti, la esposa de Nicolás Goretti, primo del papá Luigi. A los seis años fue confirmada en la misma parroquia. Su madrina fue Albina Rossi.

Su madre Asunta refiere: *Yo enseñaba a los pequeños las oraciones del padrenuestro, el avemaría, el credo y las primeras enseñanzas del catecismo. María aprovechaba bien mis enseñanzas y después hacía de maestra de sus hermanitos. Ella siempre fue buena y siempre obedecía...*

No fue posible que fuera a la escuela y, por eso, no sabía leer ni escribir y todo lo que sabía de la doctrina cristiana lo sabía de memoria. Sólo para la preparación de la primera comunión fue instruida por la maestra de Conca⁶⁷.

Hizo su primera confesión con ocasión de su confirmación en Corinaldo y después la repitió dos veces al año, antes de hacer la primera comunión. Y se confesaba con gusto y devoción. Después de cada confesión procuraba ser mejor.

PRIMERA COMUNIÓN

María hizo la primera comunión en la iglesia de la Anunciata de Conca. El padre Basilio Morganti se la administró. Los autores no están de acuerdo en el día. Probablemente fue el 16 de junio de 1901, fiesta del Corpus Christi. Con ella hizo la primera comunión su hermano Angelo. Su madre anota: *Antes de salir de casa me pidió perdón de las faltas que hubiese cometido y, siguiendo mi consejo, también pidió perdón a los Serenelli, padre e hijo. Alejandro Serenelli estuvo presente en la ceremonia. En la iglesia la vi muy recogida, con los ojos bajos, y rezaba aunque no sabía leer. Antes de la comunión hizo dos confesiones. El día anterior en Neptuno con el arcipreste Signori y en la mañana misma en la iglesia de Conca con un padre pasionista.*

El velo blanco se lo había prestado la señora Albertini. El resto de su vestido se lo había preparado yo y la adorné con un collar de corales y unos

⁶⁷ Alberti, *Assunta Goretti*, pp. 109-110.

*pendientes que todavía tengo la suerte de llevarlos. Los niños que ese día hicieron la primera comunión fueron 12 niñas y dos varones. Antes de salir de casa, su hermano Angelino, de 14 años, estaba un poco caprichoso y yo lo reprendí, diciéndole: “Esta mañana vas a recibir a Jesús, ¿y te portas mal?”. Y María añadió: “Tú haces renegar a mamá, porque no está papá. Si nos faltase la mamá, ¿qué harías? ¿Así vas a recibir a Jesús?”*⁶⁸.

Ella aplicó su primera comunión como sufragio por su papá como yo misma se lo sugerí. Cuando regresó a casa, se veía en su rostro y en su modo de actuar que estaba muy contenta de su primera comunión y le dijo a la madrina Cimarelli: “Teresa, ¿cuándo volvemos (a comulgar)?”.

*Durante el día lo pasó recogida y no tomó parte en los juegos de sus hermanitos*⁶⁹. *Yo le dije a ella y Angelo: “Ahora que habéis recibido a Jesús, debéis ser siempre mejores”. Y ella respondió de inmediato: “Sí, mamá, seré siempre mejor”*⁷⁰.

Varias veces me manifestó deseo de confesarse y comulgar, pero el sacerdote que celebraba misa en Conca no tenía facultad para confesar (por ser demasiado joven) y había que ir a Campomorto o a Neptuno. Recuerdo que una vez en el mes de junio no pudo ir a misa y mostró su disgusto⁷¹. Entre la primera y la última comunión comulgaría dos o tres veces.

Hubiera querido comulgar muchas veces. *La mañana misma del delito le había dicho a la Cimarelli: “Teresa, ¿mañana vamos a Campomorto? No veo la hora de comulgar”*⁷².

ASÍ ERA ELLA

Asunta Goretti declara: *Muchas personas se admiraban de María y me decían: “¡Qué ángel de hija tienes. Si se le dice algo, responde modestamente y va derecha por la calle sin detenerse con nadie!”... Para su edad estaba bien desarrollada. Era de cabello castaño claro, ojos castaños, mirada suave, dulce y modesta, la cara de color rosáceo y de bello aspecto. Era de carácter abierto. Se abría conmigo y con la señora Cimarelli. Para su edad, en comportamiento parecía más una señora que una niña, pues me suplía en todas las faenas domésticas, sobre todo después de la muerte del papá.*

⁶⁸ Positio, p. 65.

⁶⁹ Ib. pp. 38-39.

⁷⁰ Ib. p. 39.

⁷¹ Ib. p. 65.

⁷² Ib. p. 39.

No era vanidosa, no ambicionaba vestidos nuevos u otras cosas. Se contentaba con lo que había. Tenía un corazón generoso con sus hermanitos y, al comer, primero les daba a ellos y después comía ella. A mí me insistía en que comiera más y me decía: “Toma, mamá, yo soy más pequeña que tú”. Era muy cariñosa con su papá y conmigo; y después de la muerte del papá rezaba todos los días el rosario por su alma. Cuando yo estaba desalentada por la triste situación, sobre todo en el año en que murió mi esposo, ella me decía: “Mamá, ten ánimo, Dios nos ayudará!, y lo decía confiando verdaderamente en Dios.

Recuerdo que, cuando yo tenía miedo de las serpientes del campo, ella me decía: “Yo voy adelante, tú tienes miedo y yo no”. Y ella iba delante y las serpientes huían. Corregía a sus hermanitos y, cuando el hermanito mayor me hacía renegar, ella lo reprendía diciendo: “Molestas a la mamá, porque no está el papá”.

Sus hermanitos la querían mucho y, cuando yo los gritaba o los golpeaba, ellos corrían a ella y le decían: “María, mamá me pega”, y ella los invitaba a obedecer.

Recuerdo que un mes después de la muerte de la sierva de Dios, Ersilia, que entonces tenía cuatro años y medio, tuvo unos granos en la cara y en la cabeza como consecuencia del temor que tuvo por la muerte de María. Tuvieron que sajarle los bultos, ella llamaba a su hermana y decía: “María, ayúdame”. Era una palabra que le salía espontánea⁷³.

Aborrecía las malas palabras y nunca salió de su boca una palabra incorrecta. También aborrecía las palabras o chismes contra la honestidad. A este respecto recuerdo un hecho que sucedió antes de su primera comunión. Una jovencita, cierta Cirulini, que se preparaba como ella a la primera comunión, pero que era algo más grande, una vez desde la ventana, hablaba con un joven que estaba abajo, mientras la sierva de Dios cogía agua en la fuente. Hablaban de cosas no correctas y María quedó escandalizada. Al regreso me contó todo, maravillándose de que su compañera se preparara para la primera comunión así.

Yo la reprendí, diciéndole: “Y tú, ¿por qué te has puesto a escuchar?”. “¿Y qué hacía mientras se llenaba el recipiente?”. Y yo le dije: “Haz que lo que entra por un oído, salga por el otro. Tú te maravillas de los otros y los otros podrían maravillarse de ti, si hicieses lo mismo”. Ella me respondió: “Si tuviera

⁷³ Positio super martyrio, pp. 35-37.

*que hablar como ella, mejor me muero”. Y con esa joven no quiso juntarse por el camino cuando tuvo que hacer la primera comunión*⁷⁴.

*Por mi parte, dice Asunta: “Siempre tuve cuidado de su modestia y no permití que vistiese o desvistiese a sus hermanitos, pues en una habitación dormían los varones y en otra las mujeres, que después de muerto mi esposo dormían en mi habitación”*⁷⁵.

*Teresa Cimarelli, recuerda: “Un día manifestó su disgusto por haber visto a un niño desnudo al ir a coger agua y se lo contó a su madre”*⁷⁶.

*El padre Aurelio de la Pasión anota: El padre Michele Faina me ha contado que un día, yendo María a la misa dominical a la capilla de Campomorto y pasando delante de un grupo de jovencitos, que solían echar piropos a las jóvenes que entraban a la iglesia, María se puso roja al oír alabar su belleza y siguió derecho sin imitar a otras jóvenes que escuchaban con gusto. El padre Michele me dijo que esto lo había notado personalmente*⁷⁷.

Su madre la describe así: Tenía un rostro normal, pálido rojizo, con frescura de virgen y velado por un matiz de tristeza. Sus cabellos suaves, pero fuertes, eran de color castaño y los llevaba recogidos en un moño, detrás de la cabeza, como una mujer mayor. Su boca era pequeña y todo su aspecto infantil y muy amable. Los ojos reflejaban viveza y bondad. Cubría su cabeza con un pañuelo atado debajo de la barbilla.

*Solía llevar una blusa de rayas, con una falda larga de la misma tela. En casa y en el campo andaba siempre descalza. Solo se ponía los zapatos cuando iba al pueblo*⁷⁸.

En una entrevista a Armando Gualandi, autor de una biografía sobre María Goretti, mamá Asunta manifestó: Se levantaba conmigo al amanecer, antes que los demás. Decía las oraciones mientras se vestía, a los pies de la cama; pero si tenía prisa porque ya era tarde, las continuaba durante las labores de la cocina. Luego, mientras yo ordeñaba las vacas, María se encargaba de las gallinas y rápidamente arreglaba el gallinero.

⁷⁴ Positio, pp. 33-34.

⁷⁵ Ib. p. 34.

⁷⁶ Ib. p. 51.

⁷⁷ Ib. p. 26.

⁷⁸ MM Pasionistas de Oviedo, o.c, p. 65.

Después entraba en casa y preparaba el desayuno, despertaba a los hermanitos, los ayudaba a lavarse y vestirse, rezaba con ellos y continuaba con las tareas de la casa, sin cansarse, limpiando y ordenando todo.

Más tarde iba por el agua para el almuerzo y, si tenía que lavar ropa, iba a la fuente llevando consigo a los niños más pequeños, mientras yo, con los mayores, me dirigía al campo para trabajar. Cuando llegaba la hora de la comida, preparaba el almuerzo, cogía de la huerta lo necesario para la ensalada, y ponía la mesa: los platos y los vasos.

Antes de que llegaran los hombres, iba yo para ayudarla pero, especialmente en los últimos meses de su vida, lo encontraba ya todo preparado. Por la tarde planchaba la ropa y arreglaba las habitaciones, y si era necesario hacer las compras, María iba y las sabía hacer muy bien.

El domingo dormíamos todos un poco más, pero había que ir a misa y preparar y acompañar a los hermanitos, haciéndoles las debidas recomendaciones para que fueran limpios y ordenados. En la iglesia los tenía cerca de ella, les hacía arrodillarse y persignarse.

Durante la semana, el día que tocaba amasar, madrugaba más. Por la noche todavía volvía otra vez a la fuente a por agua para el día siguiente, y después de la cena hacía arrodillar a los hermanos para rezar el rosario y las oraciones antes de llevarlos a la cama.

Pero todavía no habían terminado sus labores, pues sin molestar a los hermanos que ya dormían, se me acercaba, y con la luz de la lámpara de aceite, remendaba medias y camisas y me contaba las cosas del día. Finalmente, después de mirar por última vez a los hermanitos, rezaba e inmediatamente se quedaba dormida.

Yo, que tantas veces no podía conciliar el sueño, la contemplaba un momento, rezaba por ella y antes de apagar la luz, le daba la bendición. ¿Cómo habría podido imaginar un ángel mejor?⁷⁹

Alejandro por su parte nos dice: Yo conocí a María siempre buena, obediente a sus padres, devota, seria y no ligera ni voluble como otras chicas. Por la calle iba siempre modesta, derecha a cumplir los mandados. Se contentaba con cualquier vestido que le hacía su madre. Siguiendo el ejemplo de sus padres, era devota y observante de la ley de Dios. Nunca le oí decir una mentira. Y huía de las compañías peligrosas según como le aconsejaba su

⁷⁹ Alberti, *María Goretti*, pp. 132-136.

*madre. En particular huía de la compañía de ciertas niñas de una familia que vivía junto a nuestra casa, porque eran un poco liberales... Nunca la vi hacer actos contra la pureza... Muchas veces le oí pedir a su madre que le permitiera ir a confesar y comulgar. A la misa iba siempre con gusto, aunque a veces con el sacrificio de dos horas de camino (A Neptuno)... En casa, cuando no trabajaba, la he visto con el rosario en la mano y adornaba con flores la imagen de la Virgen santísima. Tenía devoción también a otros santos como al patrón de su pueblo y a las almas del purgatorio. Después de la muerte de su padre rezaba mucho por su alma*⁸⁰.

*Sus vestidos eran largos y nunca la he visto, aunque hiciera calor, tomarse libertad en este sentido, a pesar de que había junto a la casa unas vecinas que vestían con ligereza. También era parca en el alimento y, cuando sobraba algo, lo compartía con sus hermanitos y a veces se privaba de algo para dárselo a ellos*⁸¹.

*María era tímida y reservada, especialmente con los extraños. Me consideraba como un hermano mayor, manifestándome afecto sincero y puro que un mal día yo traicioné*⁸².

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Su amor a Jesús vivo y presente en la Eucaristía lo manifestó, preparándose lo mejor posible para su primera comunión. Quería que su alma estuviera lo más limpia posible para recibir a Jesús. Su primera confesión fue a los seis años, el día de su confirmación, y después se confesaba dos veces al año hasta hacer su primera comunión a los 11 años.

Después de su primera comunión, comulgó solamente dos o tres veces en el mes que tuvo de vida. Hubiera querido comulgar todos los días, pero no podía confesarse sino en Neptuno, a 10 kilómetros de distancia y dos horas de camino, ya que el padre que celebraba misa en Conca era demasiado joven y no tenía licencia para confesar. El mismo día del delito le dijo a su gran amiga Teresa Cimarelli: *Mañana, ¿vamos a Campomorto? No veo la hora de comulgar.*

Su primera comunión la ofreció como sufragio por su padre difunto. El rosario lo rezaba constantemente sola o con su familia por su padre. Lo había querido mucho y no se olvidaba de ayudarlo espiritualmente. Muchas veces la

⁸⁰ Positio super martyrio, pp. 43-45.

⁸¹ Ib. pp. 61-62.

⁸² Alberti, *Alessandro Serenelli*, p. 75.

vieron, al pasar por el cementerio, quedarse unos momentos a rezar desde la puerta por su padre.

Su muerte fue realmente heroica, sabiendo perdonar a su asesino y muriendo en los brazos de la Virgen María. Y ahí están reposando sus restos en la cripta del santuario de la Virgen de las Gracias de Neptuno, irradiando luz y pureza a todos los que la visitan y repartiendo bendiciones abundantes de parte de Dios.

DEVOCIÓN A LA VIRGEN MARÍA

María Goretti, a pesar de ser una niña de 11 años, en el momento de su muerte era fuerte y madura en la fe. Sabía de memoria muchas cosas que había oído a su madre o en las catequesis de primera comunión. Alejandro asegura en una de sus declaraciones: *Adornaba con flores la imagen de la Virgen santísima*⁸³. *Cuando no trabajaba, la veía con el rosario en la mano*⁸⁴.

Su madre dice de ella: *Era muy devota a la Virgen María y rezaba el rosario, que solía llevar casi siempre en la mano. El día en que fue herida, estando en la cama del hospital, pedía que acercaran su cama a una imagen de la Virgen que había allí en la habitación*⁸⁵.

Algunos autores están de acuerdo en afirmar que, momentos antes de morir, María tuvo una aparición extraordinaria de la Virgen María. Ella fijó largamente la mirada en un cuadro de la Virgen, colgado de la pared, y sus labios pronunciaron palabras misteriosas. Los que estuvieron presentes creyeron que la Virgen María había venido a llevarse a la pequeña flor de los pantanos, a la santa Inés del siglo XX, a María Goretti, la mártir de la pureza.

El médico Francesco Bartoli declaró: *Me llamaron de urgencia y llegué con la ambulancia de la Cruz Roja a la casa, donde presté los primeros cuidados a la jovencita, debilitada por la pérdida de sangre. Tuve la impresión de que estaba resignada y no oí en ningún momento ninguna palabra contra nadie. Después ordené que fuera llevada al hospital de Neptuno. Fue acomodada en la ambulancia. En el hospital le presté todos los cuidados del caso, pues tenía heridas en el vientre y en el pecho. Al hacer la autopsia, encontré que estaba herida en el corazón. Durante las curas, ella invocaba a la Virgen y conservó la calma*⁸⁶.

⁸³ Positio, pp. 44-45.

⁸⁴ Ibidem.

⁸⁵ Ib. p. 40.

⁸⁶ Positio, *Documenta*, pp. 117-118.

Francisco Javier Windrich añade: *Visité a la sierva de Dios en su habitación y sufría atroces dolores, pero conservó la lucidez mental. Repetía frecuentes invocaciones al Señor y a la Virgen. Decía: “Madre mía, ayúdame... Perdono a todos”. Esto se lo he oído con mis propios oídos* ⁸⁷.

CAPÍTULO QUINTO DESPUÉS DE SU MUERTE

HECHOS EXTRAORDINARIOS

Después de la muerte de María sucedieron cosas extraordinarias, que fueron engrandeciendo su figura ante los ojos de la gente y que hizo pensar a todos que no era una simple niña, sino una verdadera santa que hacía milagros ante Dios.

El padre Aurelio de la Pasión certifica que *en el momento mismo que murió María se le apareció en la plaza a una vendedora de fruta como para agradecerle el regalo que le había hecho muchas veces de fruta para que no estuviera en ayunas mientras vendía en la plaza huevos y palomas; y después de haberle dicho unas palabras desapareció* ⁸⁸.

Su hermano Mariano cuenta un suceso personal: *El 22 de mayo fui a la guerra al frente austriaco. Mi madre Asunta me escribió: “Ánimo, porque sueño con María y me dice: “No llores, mamá, Mariano va a volver sano y salvo”... Estos sueños me dan fuerza y coraje y rezo siempre por ti. Reza también tú, especialmente al Corazón de Jesús. Di siempre: “Corazón de Jesús, sálvame; Corazón de Jesús, sálvame”. A cada momento di esto y reza también a tu mártir hermana...*

El día 20 de julio de 1915 estábamos en la trinchera sin sentir ningún disparo de fusil o de cañón. Entre mí y mi compañero había un tabique de piedra. Yo miraba siempre hacia el enemigo para ver algún movimiento. Después de un rato, me siento llamar: “Mariano”. No hago caso. Después otra vez: “Mariano”. La tercera vez fue más fuerte: “Mariano”. Yo me retiro y voy donde mi compañero y le dijo: “Corvetta, ¿me has llamado?”. Y mientras digo esas palabras cae un cañonazo justo donde había estado. Mi compañero me

⁸⁷ Ib. p. 120.

⁸⁸ Positio, pp. 300-301.

dice: “¿Quién crees que te ha llamado? No hay nadie. Sólo tu hermana te puede haber llamado”⁸⁹.

En 1916, en plena guerra mundial llamaron a Alejandro al locutorio, pues un capellán militar quería hablar con él. Éste le contó que venía del frente y María había hecho muchos milagros. Muchos militares, durante las batallas, se encomendaban a ella y experimentaban su protección. Le preguntó si él le rezaba. Alejandro respondió que todos los días rezaba un padrenuestro, un avemaría y un réquiem por su alma. Y el capellán le dijo, sonriendo, que no necesitaba oraciones sino que él debía encomendarse a ella. Y dice él: *Desde aquel día, antes de dormir, rezaba a María un padrenuestro y un avemaría, pero había sustituido el réquiem por un gloria*⁹⁰.

Asunta nos dice: *Amalia Capotondi me ha contado que estaba enferma de un flujo de sangre y debía soportar operaciones sin resultado. En 1929 debía someterse a otra nueva operación. Invocó la intercesión de María y se sanó sin necesidad de operación. Me lo contó la misma Amalia en septiembre de 1929 y me ha confirmado su curación muchas veces después.*

*He sabido de Pedro Montanari de Corinaldo que estaba enfermo desde hacía algunos años de los intestinos y estaba muy flaco, pues casi no podía comer y no tenía fuerzas para trabajar. El médico pronosticaba que la enfermedad se convertiría en tuberculosis. Habiendo oído hablar de María me pidió su vida, la leyó y me pidió que yo también le rezara. Al poco tiempo, comenzó a mejorar y, después de algunos meses, quedó totalmente sano. Esta curación me la ha confirmado él mismo*⁹¹.

El padre Aurelio de la Pasión anota: *Yo mismo he publicado el hecho que sucedió a un señor que tenía nefritis desde hacía varios años y que fue curado instantáneamente al invocar a María. Otra curación le sucedió al señor Spiridione Carter en Roma después de pasar una noche invocando a María Goretti, de la que fue curado en pocas horas de un gravísimo absceso interno, como él mismo declaró por escrito y fue confirmado por el médico tratante*⁹².

⁸⁹ Alberti, *Assunta Goretti*, pp. 350-351.

⁹⁰ Alberti, *Alessandro Serenelli*, p. 232.

⁹¹ *Ib.* pp. 294-295.

⁹² *Ib.* p. 301.

EXHUMACIÓN Y TRASLADO

Asunta dio el siguiente testimonio: *Yo asistí con mi hijo Mariano y Teresa Cimarelli a la exhumación de sus restos del cementerio de Neptuno. Era enero de 1929. Encontramos la caja de madera ennegrecida, pero bastante bien conservada. El cadáver estaba deshecho, quedaban sólo los huesos. La calavera del cráneo estaba conservada según el corte hecho en la autopsia y se conservaban los cabellos aparte en la caja. Encontramos la medalla de hija de María con la cinta. Los huesos fueron recogidos en una caja y colocados en la tumba vecina de las hermanas de un Instituto religioso. En julio de 1929 también estuve presente con otras 9 personas de Corinaldo, con mi hijo Mariano, su esposa y su hija Isolina, que ese día hizo la primera comunión*⁹³.

Aurelio de la Pasión declaró: *Asunta me contó un sueño. La noche antes de ir desde Corinaldo a Neptuno para la traslación del cuerpo de María, yo soñé que mi María me decía: “Mamá, antes de partir, debes mandar celebrar una misa para ser librados de una desgracia durante el viaje”. En efecto, al comienzo del viaje hubo un choque entre dos vehículos, en uno de los cuales iba Asunta y el párroco (de Corinaldo) y varios peregrinos de Corinaldo. Ellos quedaron ilesos mientras que los del otro vehículo tuvieron heridas, porque el choque fue bastante grave*⁹⁴.

El 27 de julio de ese mismo año tuvo lugar la exhumación de los restos de la tumba del Instituto religioso del cementerio de Neptuno. Estaban presentes Nicolás de Franceschi, el Rector de los pasionistas, padre Gregorio, y otros sacerdotes pasionistas. Se encontraron solamente los huesos y un poco de tierra, porque el lugar estaba en declive y recogía gran parte del agua del cementerio. Los restos fueron recogidos en una caja de zinc y depositados en un sarcófago de madera y transportados esa misma tarde a la iglesia de San Francisco de Neptuno para que el cortejo de traslación se hiciera al día siguiente desde allí.

El día 28 la urna de los restos fue llevada solemnemente al santuario de la Virgen de las Gracias de Neptuno. Muchas hijas de María de Neptuno y Anzio llevaban flores y otras niñas iban vestidas de ángeles.

Tomaron parte del sequito las autoridades eclesiásticas, civiles y militares de Anzio y Neptuno, y las asociaciones religiosas de ambos lugares. La urna fue llevada en brazos de seis jovencitas, vestidas de blanco, hasta el santuario de la

⁹³ Positio, pp. 256-257.

⁹⁴ Positio, p. 243.

Virgen de las Gracias, donde tuvo lugar una misa, presidida por el obispo de Ancona Monseñor Carlo Salotti, que recordó la virtud heroica de María ⁹⁵.

Ese mismo año 1929, Asunta, como agradecimiento, donó con escritura pública los restos de María a los padres pasionistas. Nicolás de Franceschi anota: *Me certificó el señor Giuseppe Marafelli que, hecha la exhumación de los restos de la sierva de Dios para la traslación al santuario de la Virgen de las Gracias de Neptuno desde el cementerio, el puesto vacío del cementerio fue comprado por el señor Marafelli para tumba de su familia. Los padres pasionistas, deseosos de comprarlo, le propusieron la permuta con algunos otros lugares de su propiedad, pero el señor Marafelli no quería. En esto se enfermó gravemente uno de sus hijos. Su esposa, después de haber recurrido en vano a los médicos, se encomendó a la intercesión de la sierva de Dios, diciendo: "Si eres verdaderamente un alma grande junto a Dios, obténme esta gracia y yo intercederé ante mi esposo para cederle el puesto del cementerio a los pasionistas". El niño curó en pocos días y la permuta fue hecha* ⁹⁶.

Actualmente la urna de los restos de María Goretti está debajo del altar de la cripta en la nueva iglesia de la Virgen de las Gracias a la que fue trasladada el 15 de agosto de 1969. La cripta, aunque sólo tenía 50 años, tuvo que ser refaccionada para reforzar los cimientos del santuario, dañados por el mar. Las partes metálicas de la urna están hechas con casquetes de bombas lanzadas en la zona de Neptuno durante el desembarco de los aliados en 1944. Entre Neptuno y Anzio hay un cementerio militar americano con los muertos de esta importante batalla de la segunda guerra mundial

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

María Goretti fue beatificada en la basílica Vaticana por el Papa Pío XII. Estuvo presente Asunta con sus hijos Mariano, Angelo, Ersilia y Teresa. El Papa Pío XII abrazó a Asunta y le dijo: *Feliz tú, que tienes tal hija* ⁹⁷.

Entre la beatificación y la canonización algo que hizo famosa a María Goretti en el mundo entero fue la película *Cielo sobre el pantano*. María estuvo muy bien representada por la artista italiana Inés Orsini.

Por fin llegó el día deseado de su canonización. Fue canonizada el 24 de junio de 1950 por el Papa Pío XII en la plaza de San Pedro ante una inmensa

⁹⁵ Ib. pp. 250-251.

⁹⁶ Positio super martyrio, p. 249.

⁹⁷ Alberti, *Assunta Goretti*, p. 283.

multitud de medio millón de personas. Era la primera vez que un Papa canonizaba en la plaza de San Pedro. Era también la primera vez que asistía a una canonización la madre de una santa ⁹⁸. Cuando mamá Asunta apareció en la ventana del palacio Vaticano, se elevó hacia ella una gran aclamación de entusiasmo.

Había peregrinos de todo el mundo y estandartes de todas las asociaciones católicas; pero, sobre todo, destacaba la presencia de la Juventud de la Acción católica femenina. En un palco de honor con el Cuerpo diplomático estaba el presidente de la República italiana y su esposa, el presidente del Consejo Alcide De Gasperi, Giulio Andreotti, el ministro del interior con otros ministros y el alcalde de Roma. El estandarte de la nueva santa era escoltado por los familiares de Asunta, que desde una ventana del palacio Vaticano asistió a la ceremonia.

El Papa declaró: *En honor de la santa e indivisa Trinidad y exaltación de la fe católica y para incremento de la religión cristiana, con la autoridad de N. Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y la nuestra, previa madura deliberación e implorada varias veces la ayuda divina, oído el parecer de los venerables hermanos nuestros, cardenales de la santa Iglesia Romana, patriarcas, arzobispos y obispos presentes en Roma, decretamos y definimos que la beata María de Goretti, virgen y mártir, es santa.*

Al día siguiente por la mañana, el Papa Pío XII concedió a su familia una audiencia privada. A mamá Asunta le regaló un cuadro artístico en plata.

Para la canonización, los restos de María Goretti fueron llevados a Roma y expuestos en la basílica de San Juan y San Pablo de los padres pasionistas. Luego fueron expuestos en la iglesia de Santa María de los Ángeles junto a la estación Termini.

Pío XII la nombró patrona del Agro Romano (lugar de los Pantanos Pontinos). Y también patrona, junto con santa Inés, de las Hijas de María. En 1953 se convirtió en copatrona de Neptuno y de Albano junto con la Virgen de las Gracias. El 7 de mayo de 1910, por deseo del Papa Pío X, la juventud italiana le había dedicado una lápida en la iglesia de Monte Vergine en Otranto y en ella se la llama por primera vez la Inés del siglo XX.

Los pasionistas compraron la casa del martirio en Le Ferriere y la reconstruyeron. En la casa vecina de los Cimarelli abrieron un asilo y un pequeño orfanato para niñas a cargo de las religiosas pasionistas. Las casas en que vivió María en Corinaldo y Le Ferriere están abiertas a los peregrinos. A lo largo del

⁹⁸ También estuvo la madre de San Luis Gonzaga en la canonización de su hijo.

mundo hay muchas iglesias, colegios y asociaciones con el nombre de María Goretti, que promueven imitar a María en su pureza en un mundo lleno de impurezas y libertinaje. Una de estas asociaciones es la *Pía Unión Santa María Goretti* o goretianas.

Su fiesta se celebra cada año el 6 de julio.

TESTAMENTO ESPIRITUAL

Alejandro Serenelli, el asesino de María Goretti, escribió un testamento para aconsejar a los jóvenes de todos los tiempos a tomar la vida en serio y a perder el tiempo en vicios y placeres. Ellos deben tomar la vida con seriedad y vivir para la eternidad. No se puede vivir a la ligera, porque en esta vida nos jugamos toda una eternidad, feliz o infeliz, más feliz o menos feliz.

En una de sus declaraciones oficiales en el juicio que se le siguió, él reconoce que tenía el vicio de la masturbación, producido probablemente por las malas lecturas. Declaró el 15 de octubre de 1902, el día de la sentencia oficial a 30 años de prisión: *La mujer me agrada y en ella pienso cuando me masturbo, vicio que tengo desde hace varios años. Me sucedía que varias veces, viendo a María me excitaba y tenía que ir a mi cuarto a masturbarme, porque ella me agradaba, aunque no era muy bella, pero lo justo, y me agradaba*⁹⁹.

Su testamento, escrito cuando ya era muy anciano, lo encontró el padre Urbano, capuchino, con fecha 5 de mayo de 1961. En él escribe: *Yo soy un anciano de casi 80 años, ya próximo a terminar mi vida. Echando una mirada al pasado reconozco que en mi juventud emprendí un camino falso, el del mal, que me condujo a la perdición.*

Por la prensa, los espectáculos y los malos ejemplos, vi que la mayor parte de los jóvenes seguían ese camino sin pensar. Tampoco yo me preocupaba de eso. Personas creyentes y practicantes las tenía cerca de mí; pero obcecado por una fuerza negativa que me empujaba por el mal camino, no les daba importancia.

A los 20 años cometí un delito pasional del que ahora me horrorizo solo con recordarlo. María Goretti, ya santa, fue el ángel bueno que la Providencia puso delante de mis pasos para salvarme. Todavía tengo impresas en el corazón sus palabras de reproche y de perdón. Rogó por mí, intercedió por su asesino.

⁹⁹ Positio super martyrio, p. 198.

Siguieron 30 años de cárcel. De no haber sido menor de edad, me hubieran condenado a cadena perpetua. Acepté la sentencia merecida y expié resignado mi culpa. La pequeña María fue mi luz, mi protectora. Con su ayuda me comporté bien en la cárcel y traté de vivir honestamente cuando la sociedad me acogió de nuevo.

Los hijos menores de S. Francisco, los capuchinos de Las Marcas, me recibieron con caridad seráfica, no como un criado, sino como un hermano, y con ellos estoy desde hace 24 años. Ahora espero sereno el momento de ser admitido a la visión de Dios, de abrazar de nuevo a mis seres queridos, de estar más cerca de mi ángel el protector y de su madre Asunta.

Yo quisiera que los que leyesen esta carta aprendiesen a huir del mal y a obrar siempre el bien. Piensen desde niños que la religión con sus preceptos no es algo de lo que se puede prescindir, sino el verdadero aliento, el único camino seguro en todas las circunstancias, aún las más dolorosas de la vida. Paz y bien.

CAPÍTULO SEXTO EJEMPLOS

a) SANTA INÉS

La Iglesia nos propone especialmente como modelo para los jóvenes de hoy y como patrona para los jóvenes que desean conservar la pureza, a santa Inés. Nació el año 290 de noble familia romana. Recibió una buena formación cristiana y consagró a Dios su virginidad. Un día, al regresar del colegio, el hijo del alcalde de Roma se enamoró de ella. El joven recurrió a su padre y éste intentó por todos los medios convencerla para casarse con su hijo: pero, como ella lo rechazaba para conservar su virginidad ofrecida a Cristo, la condenó a morir degollada. Tenía solamente 14 años. Su fiesta se celebra el 21 de enero. Y es un modelo para los jóvenes, que desean conservar la pureza.

b) SAN AGUSTÍN

San Agustín (354-430) en su libro de las Confesiones, nos cuenta los detalles de su vida de pecado, su conversión y su entrega total a Dios. Él habla repetidamente que el mayor obstáculo para su conversión era *el peso de la costumbre carnal*. Era como una cadena pesada, que le era muy difícil romper.

Dice: *Vencido por la enfermedad de mi carne, arrastraba con mortífera suavidad mi cadena, temiendo ser desatado de ella; y repeliendo, como si me tocasen en la herida, las palabras de quien bien me aconsejaba, cual si fuese la mano que me desataba”*¹⁰⁰.

*Mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, aquélla carnal y ésta espiritual, luchaban entre sí y con su desavenencia desgarraban mi alma*¹⁰¹. Y tú, Señor, me hacías ver por todos lados que era verdad lo que me decías, y convencido de la verdad, no tenía absolutamente nada que responder, sino palabras perezosas y soñolientas: “Ahora, ahora mismo, pero déjame un poco”. Pero aquel ahora, ahora, no llegaba nunca: y aquel déjame un poco, iba para largo¹⁰².

Ay de mí, por qué escalones descendí a lo profundo del abismo... Andaba yo enfermo y atormentado, acusándome a mí mismo, volviéndome y revolviéndome en mi prisión. Y tú, Señor, me apremiabas en lo interior de mi alma... Y yo ni quería del todo ni del todo no quería y, por eso, luchaba conmigo y me desgarraba a mí mismo. Decíame a mí mismo... “Ea, ahora mismo”... y casi lo hacía, pero no lo hacía. Vacilaba entre morir a la muerte y vivir a la vida. Y podía más conmigo lo malo inveterado que lo bueno desacostumbrado... Reteníanme frivolisísimas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías y tiraban de mi vestido de carne y me decían por lo bajo: ¿Nos dejas? ¿Y desde este momento jamás te será lícito esto y aquello? Y qué cosas, Dios mío, me sugerían en lo que llamo esto y aquello. Y la casta dignidad de la continencia, serena y alegre, sin liviandad, me decía: ¿No podrás tú lo que éstos y éstas han podido? ¿Acaso lo pueden ellos por sí mismos y no en el Señor su Dios?

*Me sentía todavía dominado por las pasiones y repetía con voz lastimera: ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo diré mañana, mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a todas mis torpezas?*¹⁰³.

Y, ya convertido, decía: “Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descansa en Ti”¹⁰⁴. ¡Qué dulce me resultó de repente dejar las dulzuras de las frivolidades! Antes tenía miedo de perderlas y ahora me gustaba dejarlas. Eras Tú, Señor, el que las ibas alejando de mí. Tú las

¹⁰⁰ Confesiones 6, 12, 21

¹⁰¹ Ib. 8, 5, 10

¹⁰² Ib. 8, 5, 12

¹⁰³ Ib. 8, 11

¹⁰⁴ Ib. 1, 1

*desterrabas de mí y entrabas en lugar de ellas. Tú que eres más suave que todos los placeres*¹⁰⁵.

c) GUY DE LARIGAUDIE

Guy de Larigaudie fue un gran aventurero francés que quería ser santo. En su hermoso libro *Buscando a Dios*, escribe: *La pureza es una aventura imposible y ridícula si no se cuenta más que con preceptos negativos. Pero es posible, bella y enriquecedora, si se apoya en algo positivo: el amor de Dios, un Dios vivo, el único capaz de saciar la inmensa ansia de amor que llena nuestro corazón humano...*

Nuestra vida no es más que una sucesión de gestos ínfimos que, divinizados labran nuestra eternidad. Estamos hechos para lejanías más dilatadas que las pobres perspectivas de este mundo. Por eso debemos buscar mares sin orillas, horizontes sin límites, en una palabra buscar el infinito de Dios, porque nuestra ansia de felicidad es demasiado grande como para que pueda colmarse con algo distinto de Dios.

Hay horas duras en que la tentación es tan fuerte, tan irresistible en todo el cuerpo que uno sólo sabe repetir maquinalmente con los labios: ¡Dios mío, a pesar de todo te amo, ten compasión de mí...

Los malos pensamientos escogen el atardecer para invadirnos, porque las horas de la noche son propicias a la fiebre de la imaginación y del cuerpo. Un excelente medio de vencerlos es coger una manta y dormir en el suelo... También, para mostrar en medio de la tentación que amamos a Dios, es bueno imponerse una mortificación: No poner sal a la sopa demasiado sosa, no apartar un objeto que nos molesta... Este acto ínfimo de amor, siempre posible, es como una llamada a la gracia y la voluntad se siente fortalecida...

De Tahití a Hollywood, sobre las playas de coral o en el puente de los trasatlánticos, he tenido en mis brazos, al ritmo del baile, a las mujeres más hermosas del mundo. No he querido recoger ninguna de esas flores que se me ofrecían o cuya conquista me hubiera apasionado. De nada servían los motivos humanos, ya que ninguno me hubiera convencido. Solamente lo hice por amor de Dios, sólo por Él pisoteé mi cuerpo y me mantuve indiferente...

Un día estaba en el campo (de paseo con una mujer). Tenía hombros esplendidos, labios macizos, ojos inmensos. Era bella, salvajemente bella. No

¹⁰⁵ ib. 9, 1, 1.

tenía que hacer más que una cosa. No la hice. Monté a caballo y partí a toda velocidad. Creo que en el día del juicio, si no tengo otra cosa positiva, podré ofrecer a Dios como una gavilla, todos esos besos y abrazos que por su amor no quise dar...

La comunión diaria ha sido para mí cada mañana el baño de agua fresca que vigoriza y tonifica todos los músculos, el alimento sustancial antes de reemprender el camino, la mirada tierna que da osadía y confianza... Por eso, las hermosas extranjeras (de Tahití) no podían comprender cómo, aun en medio de la música de baile más insinuante, mi corazón, dentro de mí, cadenciara una oración y que esa oración fuese más fuerte que su encanto y atractivo...

Mi vida no ha sido más que una larga búsqueda de Dios. Por todas partes, siempre, a todas horas, he buscado su huella o su presencia. La muerte no será para mí más que un maravilloso encuentro ¹⁰⁶.

Murió el 11 de mayo de 1940 en pleno campo de batalla. Le encontraron una carta en el bolsillo en la que había escrito: *Estoy en pleno campo de batalla. Puede que no vuelva... Tengo tanta nostalgia del cielo..., y ahora presiento que va a abrirse la puerta. Al ser tan grande mi deseo del cielo y de la posesión de Dios, el sacrificio de mi vida no es tal sacrificio. Había soñado con ser santo y ser un modelo para los lobatos, scouts y routiers. Demasiada ambición quizás para mi talla. Formo parte de un escuadrón de caballería y me hace feliz pensar que mi última aventura sea a caballo.*

d) OTROS EJEMPLOS

La beata María Mesina, fue beatificada por Juan Pablo II el 4 de octubre de 1987. Había nacido en 1919 y murió asesinada con 74 heridas el 17 de mayo de 1935 por defender su pureza, a los dieciséis años de edad. Es considerada como la primera flor de la Acción católica italiana.

Isabel Cristina Mrad Campos, nació en Barbacena, Brasil, el 29 de julio de 1962. A principios del año 1982, fue a la ciudad de Juiz de Fora para seguir un cursillo para sus estudios de medicina. El día 1 de setiembre de 1982, estando sola, entró un trabajador a terminar un trabajo pendiente en el armario de su habitación, e intentó violarla. Ella resistió y pudo defender su pureza, pero recibió 15 puñaladas, que le ocasionaron la muerte. Es llamada la rosa de Barbacena.

¹⁰⁶ Puede leerse su libro *Buscando a Dios*, Ed. Sígueme, Salamanca, 11va edición, 1983.

Ella iba casi todos los días a misa y le gustaba ayudar a los enfermos minusválidos, y rezaba el rosario todos los días. Llevaba una vida intensa de piedad y tenía un concepto elevado de la virtud de la pureza. Por eso, fue capaz de luchar hasta morir y ahora es un lirio de pureza en el jardín del cielo. Su proceso de beatificación está en marcha.

Pero ella no es única. Hay cientos de jóvenes desconocidas, que han sabido defender con valentía su pureza, incluso de las solicitudes de sus enamorados. Muchas han perdido, a la fuerza, su virginidad física, pero su alma ha quedado pura y su virginidad espiritual intacta, porque no consintieron en el pecado.

CAPÍTULO SÉPTIMO REFLEXIONES

¡Qué pena da ver tantos millones de jóvenes que están enfermos por enfermedades adquiridas por la impureza! Jóvenes con grandes esperanzas, como las águilas que quieren volar a las alturas, y ahora se debaten con las alas rotas en medio del pantano, pisoteados por el fango: bellas promesas de un porvenir risueño envueltas ahora en oscuros velos de muerte y ruina personal. ¿Dónde están tantas ilusiones truncadas? ¿Qué han hecho de tanta energía desperdiciada en fiestas y placeres? Si los cementerios hablaran, quedaríamos aterrados por el número tan grande de hombres y mujeres derrotados por el vicio sexual.

He visto miles de jóvenes a lo largo de mi vida. Muchos de ellos estaban rebosantes de fuerzas juveniles, eran inteligentes y con mucho futuro por delante. A algunos de ellos los he visto después con las alas caídas, con las esperanzas perdidas. He visto caerse robles, roídos por el gusano de la impureza. Vidas perdidas, quizás para siempre. Muchos de ellos dieron el primer paso por curiosidad, por imprudencia, por el temor al que dirían sus amigos.

Evita a los malos amigos, que tienen los ojos sucios y el alma podrida, porque te van a contaminar. Levanta tu mirada al cielo, Dios te está mirando. Mira el rostro de Dios, a través de las cosas bellas que ha creado para ti. Mira con ojos puros a los niños y alégrate con su inocencia, mira las mujeres bellas y alégrate con su belleza, pero no las manches con miradas impuras. Mira a los pájaros, a los árboles, a las flores, y sentirás su pureza reflejada en tu rostro.

No permitas que nadie te lleve a ver espectáculos inmorales. No permitas chistes inmorales delante de ti. Retírate, si no los puedes impedir. Manténte siempre limpio por fuera y por dentro. ¿Te imaginas cómo verá Dios el corazón

de tantos jóvenes que van a las discotecas y se emborrachan y van en busca de mujeres fáciles?

Emprende la lucha diaria por la pureza. La pureza te dará coraje y audacia para cumplir tus deberes. Sueña grandes cosas, sueña con lo que parece imposible. Y no te olvides de pedirle a Dios cada día el ideal de tu pureza, pues ya sabes que todo es un don de Dios. Controla tus instintos. Vence el deseo de venganza con el perdón. Vence al odio con el amor. Sé generoso en compartir. Que cualquier persona que se acerque a ti, hombre o mujer, niño o anciano, rico o pobre, blanco o negro, creyente o ateo, encuentre en ti un hermano y un amigo, en quien pueda confiar.

El mundo está lleno de mediocres, con vidas truncadas por el vicio, porque no han tenido la fuerza de voluntad de decirle NO a las pasiones. Pero tú debes volar a máxima altura. Huye de lo vulgar. No te pongas al alcance del enemigo, que te acecha. Huye de las ocasiones de peligro. No pierdas contacto con la torre de control, que es Cristo. Visítalo siempre en la Eucaristía, donde te espera cada día. El sagrario es como una fuente perenne de aguas puras, transparentes y limpias, donde debes beber el agua de la vida, que limpiará tu alma.

Nunca digas que eres demasiado bueno, que no necesitas ser mejor. Y, como decía Winston Churchill: *Nunca, nunca, nunca te des por vencido*. En la lucha por la pureza nunca digas: *Basta*. Y recuerda siempre que la alegría y la felicidad de la vida solamente consiste en amar. El amor es alegría y Dios quiere que seas alegre, amando con pureza y castidad.

Te aconsejo:

*Encuentra tiempo para orar.
Encuentra tiempo para pensar,
para reír, para jugar.
Encuentra tiempo para trabajar,
para dar y compartir.
Encuentra tiempo para hacer caridad
y amar a los demás,
Los días son demasiado cortos,
la vida es demasiado breve
para ser egoísta
y pensar solamente en ti.*

Repite con frecuencia esta oración: *Por tu Inmaculada Concepción, oh María, haz puro mi cuerpo y santa mi alma*. Y di frecuentemente la oración:

*Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada, María,
te ofrezco en este día,
alma, vida y corazón.
Mírame con compasión.
No me dejes, Madre mía.*

Que la pureza brille en tu corazón y que puedas decir con el salmista:

**“Señor, crea en mí
un corazón puro”
(Sal 50,12).**

ORACIÓN DE LA PUREZA

Señor, concédeme la pureza que tanto necesito. Quiero ser puro como las fuentes de las montañas, cuyas aguas limpias y frescas irradian vida y alegría a su alrededor. Quiero ser puro y limpio como el aire de las alturas, que tú has creado para nuestra bendición. Quiero ser puro, pero me asaltan continuamente las tentaciones por fuera y por dentro. Y no hablo simplemente de las invitaciones permanentes a la lujuria, que cubren las paredes, colorean las páginas de revistas y periódicos o surgen en la pantalla. No hablo solamente de las provocaciones de las muchachas. Hablo también de la ley de la carne que llevo dentro de mí.

Señor, concédeme la virtud de la pureza. Cuando pienso en aquella mujer, que será la madre de mis hijos, entonces siento ánimo para luchar y sufrir. Por ella soy capaz de sobrellevar el estudio fastidioso de la Física o de las Matemáticas. Por ella, he guardado hasta ahora ese tesoro que tanto me ilusiona. Por ella, aspiro a conquistar un elevado puesto profesional. A ella quiero entregarle un cuerpo inmaculado y un alma ardiente. A ella quiero entregarme totalmente y para siempre con un corazón puro y una voluntad firme. Por respeto a ella me aparto de los malos amigos, que se divierten y destrozan su vida con peligrosas y extrañas aventuras.

Señor, tengo deseos de conocerla. ¿Será acaso esa joven que tanto me ilusiona y a la que todavía deseo conocer mejor? ¿O será otra que tú tienes para

mi en alguna parte? Preséntamela cuanto antes. Porque mi corazón está ansioso de poderle ofrecer este amor, que guardo con tanto secreto para ella. Pienso que seremos felices. Tendremos varios hijos. Y yo me sentiré feliz de que me llamen “padre”.

Señor, te consagro y te ofrezco desde ahora mi futuro hogar, te ofrezco y te consagro a mi futura esposa y a mis hijos. Señor, recíbenos desde ahora en tu divino Corazón y bendícenos como una familia unida, que quiere ser toda para ti. Gracias, Señor. Dame tu pureza y cuidala a ella para que seamos los dos, el uno para el otro, fuente de alegría y de bendición.

ORACIÓN DE UN JOVEN

Señor, quiero hablar contigo, porque quiero pedirte por aquella mujer que será mi esposa y la madre de mis hijos. Todavía no la conozco y me dicen que tengo que esperar para entregarle todo mi amor intacto. Señor, Tú sabes que es difícil esta espera, pero hay algo muy noble dentro de mí que me dice que es posible. Dime, Señor, ¿cómo es ella? ¿Qué hace? ¿Dónde está? Déjame que piense en ella. Porque, pensando en ella, me siento más fuerte.

Ella estará pensando en mí sin conocerme. Y, si ella es pura, yo no tengo derecho a ser impuro. Ella será la mujer que me hará feliz, la fiel compañera de mi vida. Por eso, a ella quiero entregarle un alma pura y un cuerpo sano. Pero ¡cuánto tengo que luchar para conseguirlo! ¡Cuánto tengo que esforzarme todavía para forjar un carácter que no la haga sufrir! ¡Cuánto debo mejorar por ella y para ella!

Señor, ¿no es hermoso ser bueno, firme y puro por amor a ella y a esos hijos, que serán la corona de nuestra existencia?

No me importa que mis amigos se aparten de mí por no seguirles en sus malos caminos. No me importa que tenga que tener a raya a mis pasiones. No me importa lo que digan los demás. Sólo me importa ella. Y, por eso, te pido la gracia de serle siempre fiel. Amén.

Dios mío, haz que nuestras hermanas las jóvenes sean armoniosas de cuerpo, sonrientes y se vistan con gusto. Haz que sean sanas y de alma transparente. Que sean la pureza y la gracia de nuestras vidas rudas. Que sean sencillas, maternales, sin complicaciones ni coqueterías. Haz que nada malo se deslice entre nosotros. Que seamos unos para otros, fuente, no de pecado, sino de

riqueza interior. Danos la virtud de la pureza para respetarnos mutuamente y vivir siempre con tu alegría en nuestro corazón.

Para reflexionar

La sinceridad es la pureza de la mente.
La pureza es la belleza del alma.
La pureza es un tesoro engendrado por la abundancia del amor.
La pureza es una obra de arte de Dios.
La pureza es la luz de Dios que brilla en tu alma.
La pureza es la eterna juventud del alma, llena de Dios.
El verdadero amor da salud y belleza al cuerpo y al alma.
El amor da fuerza para luchar y vencer.
La Virgen María es la más pura y bella de todas las criaturas.
La juventud no está hecha para el placer, sino para el heroísmo.

Decía san Agustín: *No digas que tienes el alma pura, si tus ojos son impuros, pues la mirada impura es indicio de un corazón impuro*¹⁰⁷. *Si dices basta, ya estás perdido. No te detengas, avanza siempre, no vuelvas la vista atrás, no te desvíes. El que no adelanta, retrocede*¹⁰⁸.

*La grandeza de un hombre no se mide por su ciencia, sino por su amor*¹⁰⁹. *La medida del amor es el amor sin medida*¹¹⁰. *El amor es la belleza del alma*¹¹¹.

¹⁰⁷ Confesiones 4, 22.

¹⁰⁸ Sermón 169, 18.

¹⁰⁹ Sermón 344, 1.

¹¹⁰ Carta 109, 2.

¹¹¹ In Io Ev tr 10, 9.

